

BOLSILIBROS  
BRUGUERA

**SS**

SERIE

SERVICIO SECRETO

# un ataúd en la Casa Blanca

**SILVER KANE**



# **UN ATAUD EN LA CASA BLANCA**

**SS Nº 1092**

Autor: Silver Kane

UUID: a52e42f3-11d9-4ca1-bd51-43a18a9de296

Generado con: QualityEbook v0.78

# Capítulo primero

# MATA PRIMERO Y PREGUNTA DESPUÉS

STEPHEN BOGARTY me quería mucho.

Me quería como si yo fuera su hijo.

Como si me hubiera dado el primer biberón.

Como si me hubiera llevado de la mano al colegio para que yo fuera buen nene.

Lo primero que hizo fue saludarme como se saluda a las personas más queridas.

—Hola, Harry.

Y me tendió la mano derecha.

Con dos pequeños detalles que me sabría mal olvidar.

Su mano derecha estaba cerrada.

Y me la tendió a cien por hora.

Me alcanzó de lleno.

Todos nosotros tenemos un sitio, ¿sabe usted?, que cuando ingresas en filas te preguntan por él y te dicen: «Útil para todo servicio». Y si no tienes ese sitio te dicen: «Inútil. Lo siento, muchacho. ¿Ya se lo has explicado a tu novia?».

Bueno, pues Stephen Bogarty me dio ahí.

De lleno.

Sin regatear esfuerzos ni fatigas.

Ya lo he dicho: me quería como un padre.

Pegué un brinco que toqué con las narices la lámpara de la habitación.

Pero he de añadir algo.

Yo también le quería.

Como un hijo.

Y, sin regatear esfuerzos ni fatigas, le tendí la mano igualmente.

Con el puño cerrado, para no ser menos.

A doscientos por hora.

Si él me la había endiñado en cuarta velocidad, yo se la endiñé en quinta.

Y moví también un pie.

El tío pegó un alarido que aún lo deben estar oyendo en el Valle de Josafat.

Se puso blanco, amarillo, verde y por fin dio una vuelta terrible de campana, cayendo sobre su mesa.

Cualquiera hubiera pensado que yo ya le había dejado para el arrastre.

Bueno, y así era.

Pero Stephen Bogarty tenía aliados en su despacho. Tenía allí fulanos a los que quizá no quería como a hijos, pero sí como a sobrinos. Cuatro buitres que pesaban cien kilos cada uno, usaban camisas pardas, pantalones negros y botas militares ya un poco pasadas de moda, pero que les daban un aspecto hitleriano cien por cien. Eso era lo que les gustaba.

Sin embargo no eran hitlerianos.

Hitler ya está muerto.

Eran bogartyanos, porque Bogarty estaba vivo.

Quizá ustedes no lo sepan.

Pero Bogarty aspiraba a gobernar Norteamérica con un partido único, a hacer una matanza de gente de color, a expulsar a los judíos, a colocar a los portorriqueños e hispanos en trabajos de alcantarilla y a suprimir las universidades que no le fuesen fieles. Eso en cuanto a política interior. En el exterior, llevar hasta sus últimas consecuencias la «línea dura» y provocar un conflicto atómico para que los enemigos del «gran pueblo americano» de raza pura, fuesen barridos de una vez.

Todo un programa.

Bogarty es un tío grande.

¿No lo he dicho?

Tiene unas agallas así.

¿Tampoco lo he dicho?

Bueno, pues lo diré.

Así se le habían puesto después de los dos saludos que yo le envié, alternativamente con el puño y con el zapato.

Lo que pasaba era que sus cuatro gorilas llevaban comiendo bien al menos una semana.

Y yo no había cobrado aún mi paga de fin de mes.

Pero cobré.

Dos puños me cazaron a la vez y me enviaron contra la pared del fondo. Oí un crujido de mil demonios, como si la habitación entera fuese a hundirse.

Otro de los gorilas de la camisa parda sacó una cachiporra de goma.

Yo le di recuerdos.

Para su padre, su madre y su tía.

El fulano se los retransmitió a su tía, que por lo visto vivía más cerca. Recibió el gancho en el mentón, giró la cabeza hacia atrás y fue a estrellarse contra Bogarty, que se levantaba en aquel momento.

Sin querer dio un rodillazo a Bogarty.

En aquello que he dicho del servicio militar.

Bogarty también le dio recuerdos, pero ahora para su sobrina. Del puntapié que le clavó en la boca le dejó unos dientes que el pedazo más grande hubiera podido servir para anunciar arroz marca «El Chino».

Pero quedaban los otros tres.

Yo recordé las palabras de mi jefe.

Mi jefe es un hombre muy caritativo.

Se harta de gritar: «Siempre que tengas alguien delante, aunque quiera darte veinte dólares o ponerte una medalla, o prestarte a su sobrina, no preguntes quién es. ¡Atiza! ¡Atiza! ¡ATIZA!».

Yo aticé.

Dicen que uno siempre sube haciendo caso a sus jefes.

El que subió fue el de la camisa parda.

Del golpe que recibió en el mentón, quedó medio colgado de la lámpara.

Pero en cambio yo bajé.

Lo que son las cosas.

Un golpe de cachiporra me dejó de pronto reducido a la mitad de mi tamaño. Un segundo golpe de cachiporra me hizo encogerme aún más. Y el tercero por poco me convierte en un niño de los que vuelven de la escuela gritando: «¡MAMÁ, PUPAAAAA!»...

Pero yo soy un niño así de pesado.

No me doy por vencido.

Ni por ésas.

Giré todo el cuerpo, moviendo los dos puños a la vez en forma de molinete.

Yo había visto hacer eso a un boxeador aficionado en el ring.

No tuvo suerte y no dejó K.O. a su contrario.

Dejó K.O. al árbitro.

Pero yo tuve más suerte.

Alcancé de lleno al de la cachiporra y le hice cambiar los dientes de sitio. Ya se sabe. Es bueno. De la misma forma que en los coches se invierten los neumáticos, en las bocas hay que invertir los dientes. Los de la derecha a la izquierda y viceversa. Y así lo hice.

Lo que pasa fue que al tío no le gustó.

Pegó un berrido terrible y se acordó de mi mamá cuando era soltera.

A mí me emociona que se acuerden de mi mamá.

De modo que, amable como siempre, le volví a poner otra vez los dientes en su sitio. Lástima que, con tanto trajín, se perdieran la mitad por el camino.

Inconvenientes de trabajar deprisa.

El fulano fue a parar a la pared de enfrente y derribó con su cuerpo un cuadro donde se leía: «PAZ, PAZ, PAZ».

Se había puesto otro delante de mí.

Fue a largarme un puntapié en aquel sitio que usted sabe y él también.

Lo malo fue que yo lo sabía igualmente.

Y hay cosas que no me dejo tocar por cualquiera, ¡qué caramba!

Le sujeté el pie que tenía alzado, lo alcé un poco más y empujé hacia adelante. El gorila chocó contra una segunda pared y derribó varios muebles, dejándolo todo hecho un asco. Lo peor fue que derribó también un cuadro en el que se leía: «ORDEN, ORDEN, ORDEN».

Yo, como eso del orden me gusta mucho, pregunté:

—¿A quién le toca ahora?

Me tocó a mí.

Lástima.

Otro de los gorilas se había situado a mi espalda. Me dio dos

veces con la cachiporra en la nuca, y mis rodillas se doblaron. Entonces el maldito me empujó hacia Bogarty.

Bogarty ya se había puesto en pie.

Quería demostrarme que, pasara lo que pasara seguíamos siendo amigos de toda la vida.

Me rompió una silla en la cabeza.

Lástima, porque era una silla cara.

La sangre inundó mis cabellos. Saltó hasta la pared.

Dos gorilas se abalanzaron sobre mí.

Uno me golpeó el hígado, el otro los riñones.

Quedé sin respiración.

Bogarty me atizó de nuevo.

Llevaba un anillo en la mano derecha, con una piedra así de gorda.

Me repasó la cara con él.

Y me envió de espaldas contra una pared donde había otro cuadro colgado.

El cuadro decía: «EL HOMBRE BLANCO ES LO MÁS IMPORTANTE DEL MUNDO. ¡RESPETADLO!»

Pero a mí no me respetaron.

Claro, yo ya no tenía la cara blanca.

La tenía roja.

Un golpe al estómago me hizo doblarme. Otro al hígado me hizo pensar en la primera papilla que tomé, administrada por una criadita muy mona que teníamos en Abilene.

Una criadita que ya podría pillarla ahora.

Pero entonces, que la tenía tan cerca, sólo pensaba en las papillas.

Bestia que es uno.

Siempre he pensado que a los mayores, como a los niños, tendrían que damos la igualdad de oportunidades.

Pero a lo que iba.

«Iba» hacia el abismo.

Me habían atizado de tal modo que ya no sabía dónde estaba. Los puntapiés me enviaban de un lado a otro de la habitación. Los golpes de cachiporra me estaban convirtiendo el interior del cráneo en puré de patata.

Por fin caí al suelo.

No podía más.

De mis labios escapaban brascas bocanadas de sangre.

Stephen Bogarty me pasó las suelas de sus zapatos por la cara, para demostrarme que era superior a mí. Que me aplastaba como un gusano.

Luego indicó a sus gorilas que me arrastraran hasta la calle.

—Arrojadle de un coche en marcha, a ver si se mata —masculló—. Y, si vive, pedid que sus jefes le den una medalla...

## Capítulo II

# LA BRIGADA DE LOS MALDITOS

VIVÍ.

Me arrojaron de un coche en marcha, me escupieron encima, trataron de romperme las piernas con las ruedas de su «Pontiac».

Pero viví.

Después de una primera, segunda y tercera cura de urgencia en la clínica Sun, que estaba cerca de donde me dejaron, pude llegar por mis propios pies y manos al despacho de mi jefe.

Digo lo de «pies y manos» porque tenía que moverme a cuatro patas.

De lo contrario no hubiese podido ni bajar de la ambulancia.

Pero llegué hasta el despacho de mi jefe.

Mi jefe se llama Bisbee.

Me aprecia.

Me quiere.

Haría cualquier cosa por mí.

Pídale usted que me ahogue en un barril de alquitrán y verá usted qué pronto le atiende.

Como había dicho Bogarty, iba a ponerme una medalla.

La tenía preparada.

Apenas verme entrar, me arrojó a la cara un tintero de bronce porque no tenía nada más a mano.

Si me da me mata.

Pero ya he dicho que yo andaba a cuatro patas.

El proyectil pasó alto y rompió el cristal de un cuadro donde se leía: «EL BUEN POLICÍA SE DISTINGUE POR SU AMABILIDAD Y POR SU PACIENCIA».

Bisbee gritó:

—¡Killer! ¡Maldito Harry Killer! ¡Eres una bestia!

—¿Por qué?

—¡Bogarty te ha denunciado por allanamiento de morada y por maltratar a sus hombres! ¡Dice que entraste en su centro político sin tener orden de registro y que lo destrozaste todo! ¡Dos de sus chimpancés han quedado sin boca! ¡Los pedazos de sus dientes tienen que buscarlos con un detector de minas!

Me dejé caer sobre una silla y dije con desaliento:

—Encima eso.

—Ya veo que a ti te han dejado también bueno.

—No sé qué me pasa, jefe. Me noto el hígado en el lado izquierdo y el corazón en el derecho.

Bisbee me miró de reojo.

Había un diploma detrás de él, colgado en la pared.

Un diploma en el que se le reconocía como el alumno número uno de la escuela de Criminología de Washington.

Tenía otro diploma más a la derecha.

En él se le reconocía como abogado con premio extraordinario por la Universidad de Harvard.

Y otro diploma más a la izquierda.

En él se le reconocía como doctor en Ciencias Políticas por la Universidad de Princeton.

Mezcle usted todo eso.

Parece que ha de salir un tío sensacional, ¿no?

¡Pues no!

Había salido Bisbee, que lanzaba tinteros de bronce a la cabeza de sus subordinados, que les mandaba atizar a toda costa y que era el jefe de la brigada política adscrita a los servicios especiales del presidente de Estados Unidos.

Usted quizá crea que en Estados Unidos la política es libre.

Bueno, y lo es.

Puede usted apuntarse al partido que quiera y fundar el partido que quiera, aunque tenga por misión pedir que todas las señoras del país sean inseminadas artificialmente (en cuyo caso, amigo, a su partido no se va a apuntar nadie).

Puede usted organizar manifestaciones.

Basta con que anuncie su propósito a la policía y ésta le protegerá de cualquier agresión de manifestantes contrarios. Puede usted escribir pancartas. Puede usted regalar bebidas (ojo, no

alcohólicas) a todos los que quieran ir en la manifestación organizada por usted.

En Estados Unidos hay pro-árabes, pro-judíos, republicanos, demócratas, comunistas, anarquistas, nazis. También hay chicos que juegan al béisbol y señoras estupendas.

Pero, cuidado, eso no quiere decir que entre tanta libertad nadie vigile. El presidente tiene un serió vicio de protección en el cual figura una brigada política. Su jefe es Bisbee, y uno de sus «eficaces» colaboradores soy yo, Harry Killer, servidor de ustedes. O, mejor dicho, lo que queda de Harry Killer.

Nosotros no tenemos que coartar la libertad política de la gente. No detenemos a nadie. Pero vigilamos porque algún cabecilla político (y los hay muy locos, créanme) puede intentar asesinar por móviles no materiales a un senador, al presidente del Supremo o al mismo Richard Nixon.

No, no me digan que eso no pasa.

Que se lo pregunten a los Kennedy.

Por eso nosotros vigilamos a los cabecillas de los partidos más extremistas, desde el anarquista al nazi, e intervenimos cuando tenemos noticias de que intentan hacer algo muy grave en contra de la ley.

Como ahora.

Ahora teníamos en la brigada un soplo de los que dan frío en la espina dorsal.

De los que dan tanto frío que hacen coger una pulmonía.

El partido de Stephen Bogarty, que copiaba sistemas de la Alemania nazi, quería provocar una terrible crisis nacional para subir al poder. Una crisis que se iniciaría con el asesinato del presidente de Estados Unidos.

¿Difícil de creer?

En otro tiempo quizá sí.

Pero ahora, amigos, Bisbee y yo creemos eso y mucho más. De modo que Bisbee me había quitado el bozal, me había afilado los dientes y me había enviado a ver qué tal olía la madriguera de Bogarty y de su gente.

Pero, por lo visto, yo no lo había hecho bien.

Bisbee gritó:

—¡Camello! ¡Yo te envié a que investigaras sin que lo notasen,

no a que te metieras de cabeza en su despacho, con uñas y todo!

—Conozco a Bogarty. No hubiera sacado nada.

—Y ahora, ¿qué has sacado?

—Por su reacción, sé que prepara algo. Si fuera inocente, no habría saltado de ese modo.

—¡Pero no tienes ninguna evidencia!

—He obrado del modo más inteligente, jefe. Me han atizado, ¿no? No les he dejado más remedio que atizarme, y ellos lo han hecho. Muy bien, ahora tenemos base legal para detener a Bogarty. Lo encerramos dos meses y mientras tanto se calma todo. Con Bogarty entre rejas, las chinchas no se moverán.

Bisbee me miró como si yo fuera una cosa estupenda, una cosa admirable: por ejemplo un perro sarnoso.

—De modo que has obrado como un intelectual, ¿eh, Harry?

—Sí, jefe.

—A los intelectuales no les dejan la cara que te han dejado a ti. Y los intelectuales no se dedican a convertir los dientes de sus enemigos en harina fosfatada.

—¡Repito que he hecho lo que tenía que hacer! ¡Ahora puede detener a Bogarty!

—No lo haré, porque él se ha movido antes. Tiene excelentes abogados que le asesoran. Mientras a ti te curaban tus «heridas intelectuales», él ha planteado una denuncia en regla contra ti: allanamiento de morada y agresión. Legalmente no puede decirse que esté en *orsay*. Tiene más razón que un obrero cuando pide el jornal el sábado.

—¿Y qué va a hacer? ¿Va a detenerme?

—Romperé la denuncia. Diré que estabas borracho y que lo arreglo todo con una represión privada. Se quejarán al fiscal del distrito, pero ése está de nuestra parte. En cambio tampoco puedo detener a Bogarty. Ya sabes que nuestra brigada no puede hacerlo. Nosotros estamos sólo para vigilar y para recibir mamporros. Somos la brigada de los malditos.

Sacó varias cosas del cajón central de su mesa.

Una pipa.

Una pistola cargada.

Un pase para un cabaret.

Un retrato de una chica poniéndose las medias

Un informe.

Lo volvió a guardar todo menos el informe.

Me lo frotó por las narices.

—Mira. Léelo si es que te acuerdas. Esto es lo que han sacado en limpio nuestros agentes del Servicio de Información. Tienes que seguir investigando porque el asunto es de la máxima gravedad, pero usa la cabeza en vez de usar los puños, maldita sea. ¡Ahí va! ¡Lee!

Pero no dejaba el informe quieto, de modo que le pedí con la mayor amabilidad:

—¿Quiere dármelo de una vez, sucio piojoso?

Bisbee no se enfadó.

Bisbee es así.

Que le traten con cariño le encanta.

Cuando está ante una persona educada, lo perdona todo.

—Yo te lo resumiré, Harry Killer —masculló—. La cosa está clara. Tratan de asesinar al presidente Nixon. ¡Tratan de asesinarlo con algo que no puede fallar! ¡Lo matarán con una bomba atómica!

## Capítulo III

# LAS NINFAS

¡Booooooooom!

El cubo de basura, lleno de virutas de hierro, cayó desde el segundo piso y me rozó la cabeza. Yo no sé si lo hicieron para matarme o sólo para dejarme difunto. Pero, de una forma u otra, la cosa no me gustó. Y entonces obré a mi manera.

Bisbee me había dicho:

—Llegas ante el Sicoris Club.

Bueno, ya estaba ante el Sicoris Club.

Bisbee había continuado:

—Entras y te tomas una copa. Aquel antro ya sabes que es de Bogarty. Vas a la barra y tomas unas copas sin llamar la atención. Eso, bebes como un ciudadano cualquiera. Pero tienes ojos para mirar y mirar. No las piernas de las chicas, que también las hay. Miras las caras de cerdo de los oíros bebedores. Quiero un informe completo de quién entra y quién sale. Bogarty no dará el golpe, sino que se pondrá en contacto con alguien que lo dé. Ese contacto puede establecerse en el Sicoris. De modo que abre los ojos, pero no abras nada más, muchacho...

Yo estaba dispuesto a abrir muchas cosas.

Por ejemplo la puerta.

Y las piernas del tío que me preguntó:

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? ¿Por qué entra de esa manera?

Le aticé tal puntapié en ese sitio, ¡sí, en ése!, que el buitre abrió las piernas como yo quería, hizo memoria a ver si tenía pagado el seguro de entierro, cayó al suelo y me dejó pasar.

Recordé la voz de Bisbee:

«Nada de hacerte notar, muchacho. Sobre todo educación, mucha educación.»

Un camarero venía con una botella.  
A lo mejor quería darme de beber, el tío.  
Pero yo no lo interpreté así.  
Desconfiado que es uno. Y mala pata.  
De educación nada.

Le aticé tal gancho al estómago que aún se está acordando del primer rancho que le dieron en el servicio militar.

Una chica se movió del taburete.  
Había chicas.

Ya lo había dicho Bisbee, que lo sabe todo.

Y Bisbee había añadido también: «¡No te fijas en sus piernas!».

Yo me incliné para verlas mejor.

Susurré:

—Muévete un poco, mamá.

Para ayudarla la sujeté por los tobillos, la icé y la puse tendida encima de la barra.

¿Usted ha visto en las películas del Oeste cómo una jarra de cerveza patina de un lado a otro del mostrador? Bueno, pues eso mismo hizo la chica. Patinó y se llevó por delante la mano de un bebedor que ya había sacado una cachiporra de goma y hierro.

El tío quiso devolvérmela.

Empujó a la chica y la hizo patinar de nuevo.

Pero no llegó a su destino.

Un tipo que estaba en medio le puso las manos encima, la inmovilizó y gritó:

—¡Había pedido un vaso de agua fresca, pero es igual! ¡Me quedo con esto!

Yo ya no me preocupé más de la chica.

Tenía que ocuparme del tío de la cachiporra.

Venía hacia mí.

Se acordó de mi madre.

Yo de la suya.

Pero mi madre debía ser más gorda.

Gané.

Del guantazo que le aticé en la boca, el tío se tuvo que meter la cachiporra por las orejas. Resbaló hasta su taburete, lo tumbó y quedó sentado en el suelo mientras el tocadiscos automático se ponía a tocar una canción que se había hecho famosa en todo el

mundo: ¡Viva la genteee! ¡La gente qué buena que eeeeees!...

Como ya no tenía que preocuparme más de aquel buitree, me volví. Daba por descontado que llegaría otro.

Y llegó.

Era algo así como el expreso de Pittsburg.

Pesaría sus ciento cincuenta kilos y venía lanzado con todos sus coches cama y sus vagones de primera. Le frené con un gancho al estómago y el tío redujo velocidad. Le clavé un cruzado a la mandíbula y el tío pitó. Le arreé un zurdazo al hígado y el tío entró en el cambio de agujas. Le propiné con la mano abierta un golpe de canto a la carótida y el tío se fue a retiro con no sé cuántas bielas fundidas y no sé cuántos muelles rotos.

Ya nadie me ofrecía de beber.

Ya nadie se metía conmigo.

Cuando hay educación, da gusto.

Es lo que yo digo: En los sitios hay que causar buena impresión, y lo demás viene solo.

Pasé hacia la puerta del fondo.

¿Green ustedes que aquellos pájaros llamarían a la policía?

No, amigos.

En parte porque la policía era yo, y ellos lo sabían. Y en parte, porque lo que había detrás de aquella puerta no querían que lo viese ningún policía del mundo.

Me metí en un pasillo.

Oscuridad.

Olor a mandanga.

Y, de pronto, millones de lucecitas.

Me habían atizado por detrás con una barra de plomo, y me habían atizado bien. Suerte que yo soy como los veteranos del ring. Ya no noto los golpes. Aunque esté sonado, me mantengo en pie. De modo que me incliné, sujeté al tío por la entrepierna, le quise estrellar la cabeza contra la pared y... ¡y resultó que no era un tío, sino una tía!

Bueno, pues hice lo mismo.

Pero con más ganas.

Sólo que no le estrellé la cabeza contra la pared, porque a mí las mujeres, como los jarrones de porcelana china, me sabe mal que se rompan. Sólo le di un golpe en la nuca y la dejé sin sentido. Fue

entonces cuando me enteré de que aquel bestia de Bogarty también tenía mujeres para que secundaran sus planes.

Seguí el olor a mandanga.

Bueno, ustedes ya me entienden.

A droga.

A fumadero de opio.

Tras una puerta acolchada, estaba aquella especie de templo de la estupidez humana. Tres chicas y tres chicos yacían allí. Los seis eran jóvenes. En ellos no me fijé demasiado, pero puedo garantizar que ellas eran de primera. Por lo descuidado de sus posturas, formaban una escenita que hubiese mareado a un monje budista.

Me puse nervioso.

¡Aquel perro de Bogarty!...

Seguro que aquellos jóvenes no pagaban por esa y otras drogas que él hacía llegar a sus manos.

Las tenían gratis.

Pero a cambio de ser sus esclavos, a cambio de obedecerle sin reservas, a cambio de constituir sus piquetes de provocación y de violencia en la Universidad y en todas partes donde hiciera falta.

¡Qué cosa tan fácil!

¡Qué sencillo para uno de aquellos drogadictos medio locos acercarse al presidente de Estados Unidos en cualquier recepción universitaria y enviarle de un par de balas al Congreso del Más Allá!...

Pero yo no creía que Bogarty empleara esa arma.

Bisbee lo había dicho:

Resultaba increíble.

Pero Bisbee se equivocaba raras veces, tenía un servicio de información de primera calidad. Sus soplones habrían indagado hasta el último rincón de las alcantarillas del país antes de dar aquel informe. Por lo tanto, yo no podía detenerme en el fumadero sino que tenía que seguir buscando.

Pasé de largo.

Y entré en otra habitación.

Vi algo que no esperaba.

Una sala de estar.

Unos cuadros como los que ya conocía muy bien. Unos cuadros diciendo: «PAZ, PAZ, PAZ» «ORDEN, ORDEN, ORDEN» y «EL

HOMBRE BLANCO ES LO MÁS IMPORTANTE DE ESTE MUNDO.  
¡RESPETADLO!».

En fin, estaba en otro nidito de Stephen Bogarty.

No faltaban ni las camisas pardas, los pantalones negros y las botas militares.

Sólo que aquí las camisas tenían parachoques, los pantalones unas caderas muy redondeadas y las botas encerraban unas pantorrillas de primera calidad.

¡Eran mujeres!

¡Mujeres que creían en el partido único y en la supremacía racial!

¿Pero qué quieren que les diga?

Yo también estaba a punto de creerlo.

A mí me da usted tres señoras así y creo lo que usted me diga.

Y ahora las tres señoras venían hacia mí.

Como furias.

Con «la verdad» por delante.

Yo pensé que hay un método de lucha sensacional y que se llama *catch as catch can*. Traducido literalmente, para que nos entendamos todos: «Agarra como agarrar puedas». Y yo agarré. Tenía tantas cosas para agarrar que me faltaban manos. ¿No es la diosa Shiva aquella de los diez brazos? Bueno, pues yo lamenté no ser la diosa Shiva, o al menos un pariente cercano. A la primera de aquellas chicas militarizadas la saludé con tanto entusiasmo que acabó patas arriba en el diván. A la segunda le hice buscar su camisa por toda la habitación, porque la había perdido. A la tercera le enseñé un curso completo de patinaje sobre la alfombra.

Pero eso había sido sólo el principio.

Se pusieron pesadas.

Bogarty les había enseñado que una chica no ha nacido para servir a un hombre, sino para atizarle duro.

Y atizaron duro.

Las muy burras no sabían que con buenos modos me hubieran dejado inservible para una semana.

Y emplearon malos modos.

Una de ellas me rasgó la mejilla con su anillo.

La segunda me clavó una espuela en la pierna, porque no les faltaban ni las espuelas.

La tercera, la de la camisa, no la encontró, pero en cambio sí que encontró una banqueta de madera que trató de hacerme astillas en la cabeza.

Yo tuve que moverme.

Les juro que no me gustó.

Pero a la del anillo le clavé un revés en la boca que la hizo caer con los labios bañados en sangre. A la de la espuela la obsequié con un gancho al estómago que hubiera dejado K.O. a un boxeador, y que a ella la dejó de rodillas y sufriendo unas arcadas que estremecían su cuerpo. En cuanto a la de la banqueta, le sujeté las manos, le propiné un rodillazo en la entrepierna, y aunque no le hice demasiado daño, la obligué a saltar hacia atrás.

Volvieron al ataque.

La de la boca llena de sangre embistió con la cabeza.

Le propiné un rodillazo en la cara.

—¡UUUUG!...

Cayó de espaldas, rebrincando, mientras sus facciones se convertían en una máscara roja.

Las otras dos también venían.

Y noté en sus caras algo que me sorprendió, algo que en aquel momento me dejó petrificado.

¡Entusiasmo! ¡Placer!

¡Lo estaban pasando en grande! ¡Les gustaba ver sufrir las unas a las otras!

Claro que aún debía gustarles verme sufrir a mí.

Porque una de ellas me envió un saludo con un puñal corto que por poco me deja convertido en un capón de Navidad. También a ésta hube de sujetarle la muñeca, retorcérsela y derribarla al suelo, para terminar dejándola fuera de combate con un puntapié a la cara.

Quedaba la tercera, la que había perdido la camisa.

Para mi gusto era la mejor de las tres.

Y perdonen que no la describa (ni lo que yo pensase entonces), porque, de lo contrario, este libro no se publica ni el siglo que viene.

Intentó pegarme con sus manos, ya que ahora no tenía otra cosa. Intentó demostrarme que era más fuerte que yo.

Esquivé el primer guantazo.

Y respondí, por simple instinto, con un directo de izquierda.

La cacé de lleno.

Todo el fabuloso monumento que era el cuerpo de la chica se tambaleó.

Pero no por eso cedió un milímetro. Tenía madera y era dura de pelar. Me envió ahora un gancho.

Lo esquivé también y quedó descubierta ante mí. Crucé la izquierda hasta su hígado.

Volvió a tambalearse.

¡Diablos! ¡Resistía más que un boxeador!

Ahora trató de golpearme con los dos puños a la vez, desordenadamente, pero la frené con dos brutales directos de izquierda a la mandíbula y luego con un cruzado al pómulo. Cayó, yo creo que por la cuenta de veinte.

Pero no dejé que llegara al suelo.

La sostuve en mis brazos.

Sus ojos no estaban nublados, sino que me miraban fijamente. En sus ojos brillaba una llamita que, sorprendentemente, era de entusiasmo.

—¿Has tumbado a todos los que estaban en el bar? —musitó.

—A casi todos.

—¡Entonces eres un superhombre! ¡Eres un tío de raza superior!

—Nena, soy de raza tan sencilla que si fuera un perro no me compraba ni la Protectora de Animales. Dejemos eso.

—¡Tendrías que ingresar en nuestras filas!

—Bueno, todo depende. ¿No hay que pagar entrada? ¿Y no te cobran ningún recibo al cabo del mes?

—¡Nosotros queremos crear una raza superior! ¡Nosotros queremos que América sea sólo para los blancos!

—Nena, hay cada negra que está estupenda.

—¡Los negros a la fosa!

—De acuerdo; los negros sí, pero las negras no.

Debí parecerle un caradura, en lo cual tenía muchísima razón. Intentó mover las manos para cazarme de lleno otra vez, lo cual venía a demostrar que no estaba tan K.O. como yo creía. Pero yo también soy rápido, y ahora la ninfa y yo empezábamos a conocernos. La esquivé y ataqué de lleno con mi boca.

No, no he escrito mal.

Ataqué a besos.

Con gran sorpresa mía, ella se lanzó al asalto también con entusiasmo. Ya se sabe que en esos menesteres uno emplea muy pocas palabras, pero de vez en cuando la chica decía:

—¡Tú eres un hombre superior y yo una mujer superior!  
¡Podemos tener hijos superiores!

—De acuerdo, nena; al menos podemos probarlo.

Pero las cosas no fueron tan fáciles para mí.

Resultó que, cuando más felices me las prometía, las otras tres se recuperaron.

Y vieron la escenita.

Y ellas también quisieron demostrar que eran mujeres superiores.

Me vi venir la muerte encima.

—Mirad, nenas, yo con una aún puedo demostrar que soy un ser superior, pero con cuatro, ni superior tú nada.

No me creyeron.

Empezaron a quitarse las botas las unas a las otras.

Porque las botas les sobraban.

Menos mal que en aquel momento llegó la policía, avisada no por el dueño del local, sino por un transeúnte que había visto desde la calle la pelea. De lo contrario mi historia terminaría aquí.

Lo cual hubiese sido una lástima.

Bueno, según como se mire.

¡Porque, qué final, amigos! ¡Qué finaaaaal!...

## Capítulo IV

## BUSCA, PERRO, BUSCA

**B**ISBEE seguía queriéndome como un padre.

Me lo demostró muy bien sacándome de la cárcel donde, por el momento, y a la espera de que se decidiese algo, me habían encerrado los del coche patrullero.

Por conducta inmoral.

Así como suena.

Pero es lo que digo yo:

—¡ENVIDIA!

Bisbee me trató muy bien. Me llevó en coche hasta su oficina. Me colmó de atenciones por el camino tales como darme tal cantidad de patadas en las espinillas que tuve que bajar del coche colgándome de la portezuela. Y, una vez en el despacho, me envió un recado con la pierna derecha, un recado que si llega a alcanzar su destino, me convierte por seis meses en cliente del seguro de enfermedad, sección de «Ayyy, no me toques»...

Menos mal que yo soy ágil desde que mi padre me perseguía con una tranca por las calles de Abilene. He de decirles que mi padre jamás consiguió alcanzarme. ¿Cómo iba a alcanzarme Bisbee, a pesar de que tuviera mucha más razón?

Al fin, pude sentarme en una de las sillas enfrente de su mesa.

—Todo sucedió sin querer, jefe —susurró—. Yo entré allí pacíficamente, pedí pacíficamente un whisky, me largaron pacíficamente un puñetazo, yo respondí pacíficamente y...

—...Y... y... ¡Basta de una vez! ¡Si aquello dura cinco minutos más, tienen que poner camas extras en el hospital Bellevue! ¡Y aún peor que eso! ¡Tienen que ampliar la clínica de la Maternidad!

—¿Qué ha pasado con las chicas?

—Entraron en la cárcel por tener relación con el consumo de

drogas, pero Bogarty ha pagado la fianza por ellas. Además son de buena familia. Todas están forradas. Se saldrán muy bien de este lío sin que les ocurra nada.

—¿Y los que fumaban opio?

—Han ingresado en una clínica de desintoxicación. Pero son unos pobres imbéciles. No creo que detrás de ellos haya absolutamente nada, excepto el hecho de que Bogarty quisiera esclavizarles por medio del vicio.

—¡Pues ésta es la oportunidad, jefe! ¡Yo siempre le estoy dando oportunidades! ¡Ahora puede meter a Bogarty entre rejas!

—¿Cuántas veces te he dicho que no me interesa encerrar a Bogarty? ¡Si el atentado ha de realizarse, él puede dirigirlo desde la cárcel! ¡De nada me sirve tener a Bogarty preso si mata a Nixon! ¡Aparte de que ese sucio de Bogarty puede ser de la pandilla de alguien que está aún más arriba! ¡Lo que quiero es llegar a la raíz del asunto!

—Yo llegaré hasta la raíz de donde sea, jefe.

—Estupendo. ¡Si al menos llegaras muerto!...

—¿Qué quiere que haga? Usted sabe que soy especialista en misiones discretas.

—Cierto, muchacho. Para diplomático no tendrías precio.

—Celebro que lo reconozca, jefe. Yo siempre lo he dicho.

—Por mi gusto te enviaría a una fábrica de carne en picadillo para que te facturaran como muestra.

—No se ponga así, jefe. Lo que pasa es que yo tengo el puño fácil.

—Tú tienes fáciles muchas cosas, carcamal. Y ahora óyeme bien: vas a tener otra oportunidad. La última.

—Tenga por seguro que la aprovecharé.

—No te hagas ilusiones porque no hay ninguna mujer de por medio. Como sabes, nuestros servicios de información han averiguado que al presidente tratan de matarle con algo que era inconcebible hasta hace poco tiempo. Con una bomba atómica. Eso significa dos cosas: primero, que se puede producir una espantosa mortandad; segundo, que la bomba ha de ser transportable y de pequeño tamaño.

—Creo que se han conseguido algunas del tamaño de una caja de cerillas, Bisbee.

—Sí. Y hemos orientado nuestras investigaciones hacia los sabios que podrían fabricarlas.

—¿Con algún resultado?

—Ninguno por ahora. Sólo hay una pista, una pista muy leve, y necesito que tú la sigas, Harry Killer.

—¿Qué pista es ésta?

—Muy leve, casi insignificante, porque no estamos seguros de nada. Se trata del profesor Rundstedt.

—¿Algún científico nuclear?

—No, no... Todo lo contrario. Un simple técnico en embalajes.

—No me diga...

—A ti te extrañará que un simple técnico en embalajes tenga algo que ver en esto. Que un fulano que se preocupa de que el cartón, por ejemplo, sea más resistente cada vez, esté metido en un asunto en el que se juega la vida del presidente del país más poderoso de la tierra.

—Sí, claro que me extraña. Tanto como encontrarle buenas piernas a una vieja.

—Pero todo tiene relación. Ya sabes que los alemanes son muy metódicos y científicos. Rundstedt investigaba en Essen, por cuenta de una fábrica que proporcionaba a las industrias materiales para embalaje, unos materiales cada vez más ligeros y más fuertes. Pues bien, Rundstedt descubrió una combinación que él llama «plasti-metal», o algo parecido, una combinación de acero y sustancias plásticas que tenía una especial virtud, descubierta por casualidad como ocurre casi siempre: aislaba casi por completo de las radiaciones atómicas.

Creí que mi obligación era mostrarme asombrado, aunque a mí todo aquello de los embalajes me dejaba tan tranquilo.

De modo que abrí incautamente la boca.

Bisbee continuó:

—De ese descubrimiento se habló algo en la Prensa, pero sin darle demasiada importancia. Por la Prensa nos enteramos. Y de repente Rundstedt desaparece y hay indicios de que acaba de entrar ilegalmente en Estados Unidos. ¿Qué significa eso? Muy sencillo: que alguien le ha encargado un protector aislante para proteger la bomba. Para que ésta pueda ser introducida en cualquier sitio sin que los detectores la capten.

Ahora sí que me asombré de verdad.

Me daba cuenta de la inmensa importancia práctica que podía tener todo aquello.

Aunque rodearan de detectores la Casa Blanca, la bomba podría ser introducida en ella de cualquier modo: con las provisiones, en los paquetes de correspondencia, en el motor de un coche, entre las herramientas de un simple fontanero...

Sentí que nacían unas gotitas de sudor en mis sienes, y entonces comprendí el por qué de todo el nerviosismo de Bisbee.

—Naturalmente —dijo éste— hay que encontrar a Rundstedt. Este habrá cobrado una fortuna por su colaboración y estará en contacto con los hombres que preparan el atentado. Si damos con él, puede que todo lo demás se resuelva en unos minutos.

Hice un gesto afirmativo.

—¿Hay indicios de dónde puede estar Rundstedt, jefe?

—No, no hay indicios de nada. Por eso tengo que encargar del asunto a un bicho como tú, que tiene una única virtud: ser capaz de remover toda la basura de la ciudad en un par de horas. Es para lo único que sirves, Harry Killer. Si hay algún indicio en Nueva York, lo encontrarás. Si hay algún cerdo que pueda darte una pista, tú le arrancarás la piel y le harás hablar.

Ya han visto ustedes, amigos, que el jefe me apreciaba de verdad.

Me quería mucho.

Me quería para remover basura.

Pero cuando me puse en pie, decidido a actuar, comprendí que me faltaban muchas cosas para poder moverme.

Balbuocé:

—¿Por qué cree que Rundstedt ha entrado ilegalmente por Nueva York? Pudo entrar por Miami. En el Caribe hay incluso bandas organizadas que se dedican a meter y sacar gente.

—Sí, pero allí todo el mundo se conoce. Los que entran por Miami son precisamente gente de la zona del Caribe, y entre ellos Rundstedt hubiera llamado la atención. Estoy seguro de que lo han metido por Nueva York y precisamente a través del puerto. Los aviones sufren una serie de controles que ese tipo no hubiera podido pasar.

—¿Pretende, entonces, que investigue en los muelles?

—O en los cementerios; lo mismo me da. Los muelles son un camino como otro cualquiera.

—¿No hay el menor indicio? Por ejemplo: ¿a través de quién llegó el soplo de que Rundstedt estaba en Nueva York?

—A través de un chivato llamado Lency.

—¿Y dónde puedo encontrar a Lency?

Bisbee era un tío estupendo, un tío de esos que animan a cualquiera.

Fue y me soltó:

—Lo encontrarás en el depósito de cadáveres, entrando a mano derecha. Aún debe estar allí. Lo mataron ayer de una forma muy divertida.

—¿Có... có... có... cómo lo mataron?

—Se ve que le introdujeron las manos entre el radiador de un camión y la hélice del ventilador. Cuando las tuvo completamente destrozadas, Lency se desangró.

Yo tuve una brusca sensación de vértigo.

Cuerno, no me gustan los chivatos ni aunque trabajen a favor de la policía.

Pero me pone enfermo imaginar los aullidos de la gente a la que convierten en pulpa las manos con la hélice del ventilador de un camión.

Bisbee, estimulante como siempre, me preguntó:

—¿Qué? ¿Animado?...

—Tan animado que voy ahora a la Morgue, jefe.

—¿A qué?

—A ver si encuentro a la mamá de Lenoy.

—¿Para qué?

—Para pedirle la mano de su hijo.

—Eres un cerdo, Harry Killer.

Yo no contesté.

Ya sabía que era un cerdo.

Por eso me largué.

Mientras avanzaba por el pasillo, oí la voz de Bisbee que pedía a gritos a su ayudante:

—¡Eh, Bertold! ¡Bertold!

—¿Qué pasa?

—¡Trae el desodorante! ¡Quiero que pulverices bien mi

despacho! ¡Esto apesta! ¡Ha estado aquí Harry Killer!

Me tragué lo que pensaba.

Y pensé que necesitaba alegrarme un poco.

Así que me fui a la Morgue.

Yo, ya lo ven, soy un tipo cordial, simpático y sencillo que se encuentra bien en cualquier parte.

Todo el mundo me saluda.

Como Jim.

Jim es uno de los porteros de la Morgue y le debo cincuenta dólares desde la pasada Navidad. De modo que tuve que entrar por una de las ventanas.

Vi a Lency.

Entrando a mano derecha, como había dicho Bisbee, a quien a lo mejor le gustaría estar de guardia de tráfico en el depósito de cadáveres.

No me emociono fácilmente, créanme.

Pero me dejó sin saliva el ver aquellas manos.

Y el ver el cuerpo espantosamente blanco, por el que había escapado toda la sangre.

El policía que merodeaba por allí me reconoció al instante.

—Un sucio trabajo, ¿eh, Harry?

—¿Habéis encontrado algo en el cadáver? ¿Huellas? ¿Marcas de dedos? ¿Arañazos? ¿Manchas?

—Nada. Seguro que iban con guantes cuando hicieron la carnicería con él. Y debían ser dos o tres, porque no tuvo la menor oportunidad de defenderse.

—¿Su traje?

—Deshecho. Y eso sí que estaba abarrotado de sangre. Se ve que salpicó en todas direcciones.

—¿No ha sido encontrado el camión que lo hizo?

—No, ni idea.

—Debió romperse la hélice.

—La cambiarían por otra ellos mismos. Desde luego no han ido a ningún taller de reparaciones, porque tengo idea de que los han vigilado todos.

—¿Dónde apareció Lency?

—Estaba en una bocacalle, cerca de Coney Island dentro de un cubo de la basura.

Puse un cigarrillo en mis labios, pero con tanta rabia que casi lo partí en dos.

Hay cubos de basura enormes, procedentes de las oficinas que arrojan al día kilos y kilos de papel. Cubos de basura donde cabe el pellejo de un hombre.

Escupí lo que quedaba del cigarro.

—¿Qué llevaba en los bolsillos?

—Ven y lo verás.

Fui al despacho donde había estado otras veces.

Yo le llamo El Museo de los Muertos.

Allí está todo lo que llevaban los que pasaron a mejor vida, guardado en bolsas numeradas que a veces se pasan años allí, cubriéndose de polvo.

Vaciaron la bolsa ante mis ojos: un reloj, un portamonedas de plata, un anillo, varios billetes, un encendedor, un paquete de cigarrillos arrugados, dos llaves, la entrada de un cine con fecha de quince días atrás y una entrada para el recinto de atracciones de Coney Island correspondiente al día que lo mataren.

Lo guardé todo otra vez.

Yo sabía lo que había pasado.

La policía habría hecho investigaciones en Coney Island, pero sin encontrar nada. Además en Coney Island no podían haber matado a Lency, porque el número de camiones que entran en aquel recinto es muy limitado, y su pista puede ser seguida fácilmente.

Pero yo también tenía que probar.

Me daba cuenta de que cada minuto contaba, de modo que fui a Coney Island.

Usted ya debe saberlo.

Coney Island es una playa con una serie de atracciones al lado. Los neoyorquinos lo pasan allí en grande durante los meses de calor. En un metro cuadrado de arena se amontonan diez o doce. Se pisan los callos, se dan masaje en los riñones cada vez que el vecino se mueve y, para llegar al agua, necesitan algo así como una brújula, porque el agua ni siquiera se ve.

Pero ahora no estábamos en verano.

Ni era día de fiesta.

Coney Island estaba cerrado y vacío. Tuve que enseñar mi placa de polizone para que me dejaran entrar. El de la placa la miró, la

olió y luego hizo un gesto de asco.

—Apesta —dijo—. No hay duda de que es usted un «poli» auténtico. Pase.

Me colé per entre las grandes ruedas que parecían fabricadas por gigantes. Husmeé las llamadas «grutas del amor», donde de vez en cuando, los que las limpiaban, encontraban allí medias olvidadas desde el año doce. Me situé ante las «montañas rusas», que ahora estaban tan quietas como si fueran los mismísimos Urales.

Algunos camiones entraban y salían descargando bebidas para los puestos de refrescos. Pero ninguno de ellos podía haber sido utilizado para el crimen, porque la policía estaba en situación de controlarlos en pocas horas.

Vagabundeé tiempo y tiempo.

Me gusta no hacer nada. ¿Qué quieren que les diga? Yo soy un vago de siete suelas. Pero mientras deambulaba de un lado a otro del inmenso parque, iba pensando en lo que podía haberle sucedido a Lency.

Quizá le habían roto las manos con la hélice del ventilador de un coche. Pero no era fácil porque seguramente el motor de un coche no tendría tanta fuerza.

Iba a largarme ya de Coney Island.

No encontraría nada allí, puesto que a Lency podían muy bien haberlo matado en otro sitio.

Y de pronto comprendí.

¡Claro, eso tenía que ser!

Lo habían matado en un sitio donde no se oyeran sus gritos.

Por lo tanto, en un sitio recóndito, seguramente subterráneo donde hubiera... ¡un gigantesco extractor de aire! ¡Le habían deshecho las manos con las palas de un viejo extractor de aire, no con la hélice del ventilador de un camión!

Ahora bien: ¿en qué sitio subterráneo había grandes y viejos extractores de aire?

Teóricamente en los laberintos y en las «grutas del amor», todos los cuales eran subterráneos. Tenía cuatro o cinco para elegir, pero me dirigí al más grande y al más viejo. Se titulaba el Kiss, Kiss, es decir el Beso, Beso. Allí no se engañaba a nadie, qué caramba.

No había nadie en la puerta.

Me metí.

Dentro reinaba una penumbra sólo rota por las bombillas esparcidas aquí y allá, y que se apagaban cuando el negocio estaba en funcionamiento.

Había vagonetas paradas sobre los raíles.

Y esqueletos colgados de las paredes, que debían moverse cuando los visitantes pasaban cerca.

Y caras espectrales.

Y dibujos luminosos de señoras en deshabillé.

Y esculturas representando muertos.

Y aquel tío que estaba vivo.

Y aquella pistola con silenciador.

Y aquella bala.

Todo me ocurrió en fracciones de segundo, como en una serie de chispazos, en mucho menos de lo que empleo en contarlos.

Me ladeé al comprender que el tipo iba a disparar, saliendo de detrás de aquella vagoneta. La pala se hizo mil pedazos en una baranda de hierro, sus esquirlas me arañaron la mano izquierda. Ciego de rabia, di un puntapié a la vagoneta más próxima, mientras me dejaba caer velozmente a tierra.

La segunda bala me rozó la cara. Pero al mismo tiempo la vagoneta salía disparada y alcanzó al pistolero, que para alcanzarme mejor se había situado en mitad de los raíles.

Lanzó un gruñido.

Me dio recuerdos para mis antepasados, incluyendo los amigos de mi padre y los vecinos de mi madre.

Pero no estaba muerto.

Aunque había recibido un fuerte golpe, aún conservaba su pistola.

Raseó otra bala.

Yo había saltado por encima de la vagoneta. Caí sobre él cuando menos lo esperaba. En nombre de todos los vecinos de mi madre, le propiné un salvaje puntapié al cuello. Y entonces sí que no necesitó más. Se me quedó quieto, encogido, arrugado como una pasa.

Retiré la vagoneta porque quería inclinarme sobre él y examinarle mejor.

Pero sí, sí.

Dos de los «muertos» se movieron.

Me habían parecido estatuas fúnebres en el primer momento, al

pasar junto a ellos. Estaban a mi espalda y actuaron bien. De no ser por un leve crujido del raíl, no hubiese advertido su presencia.

Me volví en el último segundo.

Bisbee siempre lo dice:

«¡Atiza! ¡Atiza! ¡ATIZA!»

Y yo soy su discípulo predilecto, ya lo saben.

Como no podía defenderme con las manos, mi defendí con los pies. Clavé la suela del zapato en el estómago al tío que tenía más cerca. Oí un gruñido y me volví hacia el otro.

El cuchillo ya brillaba ante mis ojos.

Lo sujeté en el último instante, cuando me parecía notar en el cuello el frío de la hoja de acero Retorcí la mano de mi enemigo y lo volteé con uro rapidez que él no esperaba.

Ni yo.

¿Para qué mentir?

Nunca había volteado a un fulano con tanta rapidez como aquél. Ni por las noches, cuando yo soñaba que era Supermán y que arramblaba con toda las secretarias de diecinueve años que trabajan en el Bank of América.

Lo estrellé contra la vagoneta.

Pero el primero ya reaccionaba.

Una ración de suela le sabía a poco.

Legré empujar la vagoneta, sacarla de la vía y clavársela casi en el hígado. El tipo lanzó un rugido, pero no por eso soltó el cuchillo. La situación seguía siendo para mí tan mala como al principio.

Además, el otro atacaba también.

Corrí hacia la salida.

Yo soy muy valiente. ¿Quién lo niega?

Pero si aquella vez no corrí más fue porque aún no se han inventado reactores para los peatones. Logré salir antes de que me alcanzaran. Pensé que, una vez en el exterior, no me sería tan difícil llamar la atención de algún empleado o quizá un policía.

Narices.

Habían colocado delante de la salida varias carretillas llenas de materiales de derribo para que yo tropezara. Y tropecé, dando una vuelta de campana y sintiendo que los huesos de mis piernas se convertían en las virutas de un aserradero.

Un buitre me esperaba fuera. Toda aquella zona estaba solitaria.

Siempre ocurre lo mismo.

Coney Island es un sitio frecuentado generalmente por millones de personas.

Bueno, pues ahora no había nadie.

Sólo el fulano panzudo que llevaba entre las manos una gigantesca barra de hierro.

La levantó sobre mi cabeza y la dejó caer.

¡TLOOOOOC!

El ruido no lo hizo mi cabeza, sino la carretilla, que recibió directamente el impacto. Yo había logrado apartarme en la última fracción de segundo. Mi buen amigo, el de la barra, la alzó otra vez.

Estaba obsequioso, el tío.

Dicen que el hierro es bueno para la salud, y no quería que me quedara sin mi ración correspondiente.

¡TLOOOOOC!

Otra vez la vagoneta, que pareció ir a partirse en dos. Pero ahora yo no me había apartado solamente. Ahora yo había atacado también, golpeándole detrás de las rodillas.

Mi buen amigo se tambaleó.

Perdió el equilibrio y se metió de narices contra la carretilla.

Yo me puse en pie de un salto, le sujeté la cabeza por detrás y se la golpeé tres veces contra el borde metálico. Al principio el buitre hizo resistencia, pero después de los dos primeros golpes no se movió ya más. De modo que el tercero fue definitivo.

Creo que le abrí la cabeza. No sé. Ya que él quería abrírmela a mí, le correspondí en la misma moneda.

De un modo u otro, le convertí en un respetable difunto. El tío sufrió el patatús en el mismo momento en que los otros dos salían.

Llevaban armas en las manos.

Un silenciador cada uno.

Durante algunas fracciones de segundo no supe qué hacer. ¿Qué cuerno me hubiera aconsejado Bisbee en una situación así? Pues Bisbee me hubiera aconsejado:

—¡Atiza! ¡Atiza! ¡ATIZA!

Pero cualquiera se pone a atizar con los puños a dos buitres que llevan pistolas del calibre 45. De modo que por esta vez no seguí los consejos de mi amado jefe. Di un salto y eché a correr hacia el sitio que tenía más cerca:

Las montañas rusas.

Dos balas picotearon en la estructura metálica mientras yo me refugiaba en una de las vagonetas. Inmediatamente salté y empecé a correr por encima de los raíles, sin saber dónde me metía. Lo único que me importaba en este momento era poner distancia entre mis enemigos y yo.

Estos dispararon otras dos veces.

Las detonaciones no podían llamar, de momento, la atención en el enorme recinto, porque sonaban como taponazos.

Yo estaba ya a unas cincuenta yardas de distancia. Las balas se desviaron unas centésimas de pulgada. Pensé que si podía dejarles unas yardas más atrás, ya serían incapaces de afinar con arma corta.

Apreté todo lo que pude el acelerador de mis músculos, mis pulmones y mi corazón que ya latía como una máquina loca.

De pronto miré hacia abajo.

Casi sentí vértigo.

Diablos, ¿cómo había subido tan alto?

Quieras o no, ya estaba en una de las cimas de las montañas rusas.

Mi abuelo siempre lo decía: «Tú llegarás alto, muchacho».

Mira por dónde, resultaba que iba a tener razón, claro que quizá él lo decía porque me veía de limpiacristales en el rascacielos de la «Chrysler». Pero, de un modo u otro, había acertado.

Vi qué los otros no me seguían.

Y entonces comprendí por qué.

No tenían ninguna necesidad de cansarse. Habían puesto en funcionamiento las montañas rusas y subían con una de las vagonetas.

Yo no llevo pistola. Bisbee no me deja usarla porque dice que, en caso contrario, me cargaría hasta el jefe del FBI. Y que mi oficio es pensar, no pegar tiros ni puñetazos.

Muy bien. ¿Pero qué cuerno podía pensar yo ahora?

La vagoneta ya estaba casi encima.

No sólo podían atropellarme, sino también coserme a balazos con la mayor tranquilidad.

Pensé saltar.

No tenía otro remedio y lo hice. Quedé materialmente colgado de la barandilla, mientras la vagoneta pasaba rauda junto a mí.

Dispararon dos veces.

Una de las balas chocó contra la estructura metálica, junto a mi mano izquierda. La otra me produjo tal arañazo en la muñeca del mismo lado que se llevó al diablo mi reloj de pulsera.

Me balanceé en el vacío.

Tenía a mis pies una magnífica perspectiva de Nueva York.

Lo que se dice una maravilla. Como para que me soltaran en el momento de matarme: «Al menos, chico, tú sí que has visto mundo».

La vagoneta se detuvo.

Los dos buitres debían conocer muy bien todo aquello y habían logrado frenarla. Por encima de su borde, se dispusieron a disparar otra vez.

Ahora no fallarían.

Yo tenía debajo otra rampa de la parte inferior de las montañas rusas. Podía convertir mis huesos en sémola, pero peor era esperar a ver qué sabor tenía una bala. Abrí las manos y me dejé caer.

¿Han visto ustedes una película que se titula «Más dura será la caída»?

Pues fue algo así.

Yo había llegado muy arriba. Y ahora me estrellé unas quince yardas más abajo con lo que quedaba de mis huesos.

Logré poner los dos pies sobre uno de los travesaños y flexionar las piernas, pero aun así la sacudida me llegó hasta la punta de los cabellos. Inmediatamente caí de bruces y quedé unos instantes quieto, respirando afanosamente.

Mis dos amigos de toda la vida se habían inclinado ya sobre la baranda del piso superior.

Me apuntaban.

Volví a saltar y volví a colgarme del vacío mientras las balas rasgaban el aire a media yarda de mi cuerpo.

Hice el péndulo.

Ahora debían estar viéndome desde muchos sitios de Coney Island, pero nadie llegaría a tiempo de ayudarme. Otra bala me produjo sangre en la oreja izquierda, a pesar de mis frenéticas oscilaciones.

Y entonces me pegué por debajo al pasillo aéreo, pensando que así la estructura metálica me protegería. Pero los dos pistoleros

dispararon de nuevo y sus balas la atravesaron con facilidad.

Menos mal que yo me había ido dejando resbalar hacia abajo. De lo contrario me habrían cosido.

No veía escapatoria.

Y en aquel momento un pobre tipo vino en mi ayuda. Digo «un pobre tipo» porque no sabía en qué clase de fregado se estaba metiendo. Llevaba una furgoneta roja y blanca llena de botellas. A los lados de la furgoneta unas grandes letras proclamaban: «Beba Coca-Cola. ¡Verá qué gusto!»

—¡Salte! —me gritaba el hombre—. ¡Salte de una vez o le abrasan!

Calculé la altura.

Podía matarme, pero tenía que probar. Si me quedaba arriba, era seguro que no tenía ninguna escapatoria.

Abrí las manos y pensé en el anuncio:

«¡Verá qué gusto!»

El conductor había puesto la furgoneta debajo de mi cuerpo, y yo atravesé el techo. Lo hice migas. Sentí algo así como si los riñones me salieran por las orejas y me encontré de pronto en el interior del vehículo entre un maremágnun de cajas vacías y con la cara y las manos cubiertas de sangre.

Los de arriba dispararon.

El conductor había adivinado el peligro y ponía en marcha la furgoneta. Dos balas atravesaron la cabina, pero sin alcanzarle. Dibujó un violento zigzag mientras una caja que no estaba vacía oscilaba y caía encima de mi cabeza. Un par de botellas se rompieron y me bañaron en una espuma de color ocre. «¡Verá qué gusto!»

Por el ruido, adiviné que mis dos perseguidores habían puesto en marcha otra vez la vagoneta de las montañas rusas.

No tenía más remedio que salir de allí o matarían al conductor de la furgoneta. De modo que me icé como pude, me palpé el cuerpo como el que quiere volver a poner los huesos en su sitio y grité:

—¡Gracias, amigo! ¡Y ahora huya! ¡Huya!...

Abrí las puertas posteriores y salté.

Como habíamos doblado una esquina, creí que mis perseguidores no me veían. De modo que, para acabar de

despistarles, me metí en una gruta cuya entrada representaba la boca de un dragón. Sobre los ojos de éste se leía:

### EL MUSEO DE LOS HORRORES

Inmediatamente me encontré en una especie de sala llena de figuras de cera de las que se despedía una luz espectral. Aunque ahora aquello no funcionaba, el efecto era como para sentir frío en la piel. Me imaginé lo que sería aquello en plena «función», con sus mil combinaciones y variaciones de luces.

El truco se veía venir.

Seguro que allí había al menos veinte figuras de cera.

Pero, en plena sesión, debía haber al menos tres o cuatro que no lo eran. Se trataría de empleados maquillados debidamente y capaces de estar tan rígidos como un maniquí. En un momento dado uno de ellos podía abrazar por ejemplo a una espectadora. El efecto terrorífico sería fulminante (y el guantazo del novio de la espectadora también).

Pero ahora todo eran figuras de cera.

Ahora no funcionaba aquella especie de paraíso del miedo.

Pasé a la sala siguiente, deseando ocultarme, Y la sala siguiente era peor aún: se trataba de un paisaje nevado en el cual había hoyos negros que eran tumbas abiertas. De ellas partían unas manos descamadas que producían una muda sensación de horror. Incluso funcionaba allí una refrigeración constante, de modo que el frío era atroz, ayudando a la sensación de que uno acababa de entrar de verdad en un cementerio nevado.

No faltaba ni el enorme muñeco de nieve.

Aquel muñeco era lo único que no resultaba siniestro.

La nieve, hecha seguramente de materia plástica, estaba tan perfectamente imitada que uno tenía que tocarla para convencerse del engaño.

Respiré aliviado.

Yo no tengo miedo.

¡Qué diablos he de tenerlo!

Y mucho menos ahora, cuando al fin me había librado de las balas de mis dos amigos de toda la vida.

Quise pasar a la sala siguiente y ocultarme en alguna de aquellas tumbas de pacotilla. Me daba igual. Lo interesante era desaparecer de la circulación durante un par de horas, hasta que aquellos tipos

se cansaran de buscarme.

Había unos senderos entre la nieve.

Y el muñeco, al que no le faltaba ni un cucurucho en la cabeza, estaba en lo alto de una pequeña colina.

La sensación de frío, después de salir del falso museo de cera, resultaba casi atroz.

No sé por qué miré el muñeco.

No, no imaginé nada.

Puede usted creermelo, amigo; yo no soy tan listo. En el momento en que clavaba los ojos en el muñeco de nieve, no pasaba ni remotamente por mis pensamientos que aquello pudiera tener importancia. Pero, aunque no soy listo, soy observador. Yo siempre he observado mucho, por ejemplo, las piernas de las mujeres. Por algo se empieza.

Y me di cuenta de que el muñeco tenía los ojos de cristal mal colocados, como si los hubiera puesto una mano poco experta. En la penumbra eso apenas se notaba, pero yo lo capté.

Y el pensamiento me heló entonces la sangre como me hubiera helado la piel el filo de un cuchillo.

¿Era posible que...?

No sé por qué lo hice, pero subí la colina, hundiéndome hasta las rodillas en aquella especie de nieve falsa.

Y al ver de cerca el muñeco, me di cuenta de que éste había sido retocado.

Lancé una imprecación para mis adentros.

¡Infiernos!

Cierta vez, siendo niño, había leído la historia de dos amantes que se encontraban en una cabaña aislada por la nieve. Para eliminar problemas, él mata al marido de ella, que se presenta allí de repente, y entre los dos lo sacan al exterior, convirtiéndolo en un muñeco de nieve. Así no lo descubrirá nadie en todo el invierno. Pero cierta noche se encuentran con que alguien llama a la puerta. ¡El muñeco de nieve quiere entrar!

Sólo había un sitio en Coney Island donde pudiera ser ocultado por cierto tiempo un cadáver sin que se descompusiese ni olierá: aquella sala donde día y noche se conservaba un frío glacial.

Di un empujón al falso muñeco.

Lo derribé.

Y en la parte inferior, como si fuera el basamento de un maniquí, descubrí algo que me produjo en la sangre más frío del que ya sentía. Descubrí las piernas demasiado blancas de un hombre, terminadas en unos siniestros zapatos negros.

Apreté los labios.

No me cabía duda.

Tenía que ser Rundstedt.

Después de obtener de él lo que querían, es decir la caja aislante, el investigador alemán ya no les era útil para nada. Al contrario, quizá podía hablar. Y lo habían eliminado, colocándolo allí en espera de una buena ocasión para trasladarlo sin peligro. Claro que un chivato llamado Lency se había enterado de todo, pero ese chivato llamado Lency no había podido dar demasiados informes. Su cadáver, que ahora estaba en la Morgue, había aparecido desangrado y con las manos destrozadas muy cerca de Coney Island.

Sentí que se me helaban mis manos, mis pensamientos, todo.

Tenía razón Bisbee.

Estaban preparando un «BRAAAAAM» mayúsculo en el que tenía que saltar por los aires, hecho migas, el presidente de Estados Unidos.

Y en aquel momento oí la voz:

—¿Quieres ocupar su lugar, amigo? ¿Tanta envidia te da?

Hice bien en no volverme.

Imaginaba quién era.

Uno de mis dos amigos de toda la vida.

Debía haber entrado a registrar aquello él solo, mientras su compañero buscaba por otro sitio. Quizá me habían visto desde arriba, porque aún debían estar en el aire, en las montañas rusas, cuando yo salté en marcha de la furgoneta.

He dicho que no me volví.

Eso significaba que no podía ver a mi enemigo, pero él tampoco podía ver mis manos.

Como estaba hundido hasta las rodillas en la falsa nieve, pude sujetar un buen puñado de ella sin necesidad de inclinarme. Mientras tanto susurré:

—Supongo que querrás que me vuelva...

El tío iba a disparar. Lo presentí.

Pero cuando apretó el gatillo ya tenía en la cara una especie de masa gelatinosa que se pegaba a la piel como si fuera nata. No pudo apuntar y la bala sólo me rozó. En ese momento tomé impulso como pude y me arrojé hacia él. Por fortuna aquel compadre estaba muy cerca.

Hice algo muy sencillo.

Había tenido la suerte de derribarle, cazándole en el momento en que no veía.

Y me limité a hundirle la cabeza en la falsa nieve, como el que hunde a su enemigo la cabeza en el agua. El buitre aulló, disparó dos veces más al aire, con la esperanza de atraparme, y al fin fue quedando quieto poco a poco. No sé cuánto tiempo hube de estar apretándole la nuca, pero sí que puedo jurar que nunca había tenido que matar a nadie de una forma tan miserable. Cuando le solté, sentía como si me quemaran las manos a pesar del frío. Y me dominaba una especie de náusea.

Me fui poniendo en pie.

Ahora ya sabía muchas cosas, tantas cosas que Necesitaba ponerme enseguida en contacto con Bisbee.

Fui a salir.

Atravesé la sala de las figuras de cera y me encontré al aire libre sin pensar en otra cosa que no fuera lo que acababa de descubrir. Maldito error por mi parte, porque tenía que haber recordado que quedaba el otro.

Había una gigantesca rueda casi enfrente, y el pistolero estaba medio montado en uno de los engranajes. Se trataba de una de esas ruedas con cestas, en cada una de las cuales caben dos personas, y que suben a gran altura para descender luego.

Me enteré de su existencia cuando la bala me alcanzó en el costado izquierdo, haciéndome vacilar. Y en el mismo momento del pinchazo comprendí que había tenido una suerte que no se repetiría quizá en todos los días de mi vida, porque el plomo había dado de lleno en el encendedor que yo llevo siempre en el bolsillo superior del pantalón, junto a la cintura, y que es bastante macizo. El encendedor quedó deshecho, pero la bala se fragmentó. Sólo unas esquirlas me alcanzaron, produciéndome dolorosos rasguños, aunque de otro modo allí habría quedado seco para siempre.

De un modo maquinal corrí en zigzag.

El otro disparó de nuevo.

Después del violento dolor del principio, ya no sentía nada. Corrí lo más velozmente que pude hacia la cabina desde la que se ponía en marcha la inmensa rueda.

Dos balas más flanquearon mi camino.

Pero ahora mi enemigo estaba demasiado nervioso.

No me alcanzó.

Penetré en la cabina por el sencillo procedimiento de romper los cristales con la cabeza y colarme dentro como una pelota. Apenas me vi ante los mecanismos, empecé a moverlos todos frenéticamente, tras dar la conexión eléctrica. No sabía bien cómo iba, pero aquello tenía que ponerse a funcionar.

Se puso con tal rapidez que yo sentí como si el grito lacerante de mi enemigo me llegara hasta los huesos.

Había quedado apresado entre los gigantescos engranajes que se movían.

Todo su cuerpo era reducido a pulpa.

El grito fue de los que no se olvidan. Fue rápido, seco, brutal, pero tan intenso que pareció ir a romperme los tímpanos.

Quedé estúpidamente sentado en la cabina.

Pese a toda mi experiencia en el «oficio», no tenía fuerzas ni para salir de allí.

Oí las voces lejanas de los que llegaban corriendo.

—¿Pero qué ha pasado?

—¡Mirad! ¡Allí! ¡Un muerto!

—¿Quién demonios es?

—¿Y lo preguntas? ¡Seguro que es uno que no ha querido pagar entrada!

# Capítulo V

## CIUDADANOS RESPETABLES

**M**E estaban sacando las esquiras de bala.

Como el que saca perdigones, pero no a un conejo, sino a un tío.  
A lo bestia.

Me habían tendido en una mesa de operaciones, y dos médicos sacaban las esquiras a ritmo de tam-tam. Nada de anestesia. Los dos matasanos dijeron que era mejor que me quejase porque así podrían saber con más exactitud dónde tenía las diminutas esquiras.

Bisbee, que había acudido a toda prisa, les iba animando:

—¡Sin consideración! ¡Ese tío aguanta mucho! ¡No se preocupen por sus berridos! ¡Lo importante es que se cure! Yo le quiero como a un hijo. ¿Verdad que te quiero como a un hijo, Harry?

En aquel momento me pareció que me metían el bisturí hasta una de aquellas cosas que usted imagina. No sé si estaban buscando esquiras o buscando petróleo. Me acordé de la prima segunda del médico que tenía más cerca y me desmayé.

No me da vergüenza decirlo.

Uno no es responsable de que su cerebro se le vaya de vacaciones de vez en cuando.

Cuando desperté, me habían vendado la cadera y llevaba un pijama ligero con una bata encima. Pero la sensación que tuve fue la de que no estaba grave. Me sentía bastante fuerte y el dolor había desaparecido.

Los dos médicos me miraban.

—¿Cómo se siente?

—Con ganas de cargarme a la tía de cualquiera de ustedes.

—No sea bestia —dijo el de mi derecha—. Usted no se carga a mi tía ni con una grúa. Si quiere se la presento.

—No hace falta, gracias.

—¿Duele?

—Ahora ya no.

—Yo soy partidario de hacer esas cosas en vivo, porque de lo contrario siempre puede quedar alguna esquirla perdida. En fin, no ha sido nada grave. Mañana ya podrá volver a andar. Lo único que tiene es una extensa zona de piel desgarrada.

Bisbee entró entonces.

—¿Cómo es que lo han dejado vivo? —preguntó con su amabilidad habitual—. ¿Qué hacen que no embalsaman su cadáver para que yo pueda verlo antes de la comida?

—Nadie le embalsamará por ahora. Ha tenido suerte.

—Je, je... ¡Y yo que creí que me había librado de él! Bueno, no hay que perder las esperanzas, ¿verdad, Harry?

Me sentí tierno.

—Dios le bendiga, jefe.

Y estuve a punto de sujetar la botella de agua, que era el instrumento contundente que tenía más cerca, pero el médico me lo impidió.

—No le convienen esfuerzos ni emociones. Déjelo. Ya se cargará a Bisbee el próximo fin de semana.

Bisbee, sin darse por enterado de lo mucho que yo le quería, se sentó junto a la cama y echó a los médicos de allí con gesto autoritario. Los médicos se largaron refunfuñando que algún día ya volverían a encontrarse.

Bisbee notó que yo respiraba un poco mal y por eso se puso a fumar en mis narices, el muy bestia.

—Harry, querido —dijo—, ya hemos encontrado la ficha de los tíos a los que tú apiolaste.

—Supongo que también habrán encontrado a Rundstedt.

—Claro que lo hemos encontrado. Elemental querido Harry. Un muñeco de nieve en una habitación permanentemente fría. A mí se me hubiera ocurrido nada más verlo.

—Ya, ya.

—Volviendo al principio, te diré que esos fulanos eran simples «torpedos», o sea gente de acción de alguien que los empleaba para sus fines. Ahora sabemos algunas cosas más que ayer. Por ejemplo, que lo de matar al presidente con un artefacto atómico ya no es

ninguna fantasía. Por ejemplo, que ese artefacto podrán introducirlo donde quieran, ya que los detectores no lo señalarán. Y por ejemplo, que no podemos perder ya un solo minuto.

—De acuerdo, jefe.

Le miró con ira.

—¿Entonces qué haces aquí, gandul?

—¡Cuerno, Bisbee! ¡Tengo aquello que usted sabe lleno de esquiras de bala! ¡Si yo fuera casado, mi mujer se divorciaba!

—Está bien, te daré descanso hasta mañana. Es lo que siempre me dicen: soy un padrazo con todos vosotros, malditos hijos de hiena. Mientras os pasáis el tiempo rascándoos el ombligo, yo me preocupo de que no os falte la paga a final de mes. Y luego, cuando yo necesito un tío que se juegue lo que no tiene, se me mete en cama diciendo que tiene escondido el no sé qué y el no sé cuántos. ¡Sólo hasta mañana tendré paciencia, te lo juro! Pero mientras tanto te diré a qué grupo pertenecían esos buitres a los que diste caza.

—¿A qué grupo?

—Al de Bodie.

—Bodie...

Cerré los ojos y concentré mis recuerdos. Bodie era un viejo líder sindicalista de los que habían actuado en los muelles de Nueva York. Luego los obreros lo echaron porque resultó que, mientras fingía dirigirlos, había estado aliado con los patronos. Entonces Bodie se alió con el nazi Bogarty, y sus hombres empezaron a dar palizas por los muelles a los obreros recalcitrantes. Pero hacía bastante tiempo que no se oía hablar de él. Yo incluso había creído que estaba fuera del país.

Y era cierto.

Bisbee me lo confirmó:

—Ese perro está haciendo un viaje de estudios de no sé qué en la Unión Sudafricana. De todos modos su organización sigue funcionando, como tú has visto. Y ahora comprendo que si se largó tan lejos fue para no verse mezclado en la muerte de Rundstedt, que ya estaba planeada. Si llegamos al fondo del asunto sólo capturaríamos a gente pequeña, como así ha sucedido. Bodie quedaría a salvo.

—Entiendo. ¿Pero ha sido interrogado Bogarty? ¿Qué dice?

—Hemos preferido dejarlo en paz por el momento. Nos conviene

picar más alto, porque sin duda hay detrás de todo esto alguien que está muy arriba. Pero no sé quién.

—¿Ha mirado los archivos, Bisbee?

—¡Imbécil! ¡Claro que he mirado los archivos! ¡Mucho más que las piernas de mis secretarias!

—¿Y qué?

—Nada, absolutamente nada.

—¿Quién cree que podría tener interés en asesinar a Nixon? Supongo que ha de ser un ultra, un hombre decidido a imponer en el país un régimen racista y autoritario. Posiblemente algún militar del Pentágono. Alguno de los «duros». Allí hay a docenas tíos que piden que para Navidad felicitemos a los chinos lanzándoles la bomba atómica. Justo lo que creen Bogarty y los suyos.

—Bogarty es basura. No significa nada.

—Muy bien. ¿Pero quién está más arriba?

—No lo sé. Infiernos... Confieso que no lo sé —dijo Bisbee—. He estado repasando nombres, fichas, recuerdos... Hay docenas de locos que podrían intentar hacer eso, pero ninguno lo bastante claro como para decir: «¡Ese!». Reconozco que no he adelantado un paso.

Yo cerré los ojos de nuevo.

Yo, amigos, soy un cerdo.

Bueno, ustedes, que seguramente me tienen mucho afecto, ya habrán empezado a sospecharlo.

Yo no soy un hombre que mira fichas y establece conexiones políticas. Yo soy hombre que mira mucho más abajo, a nivel de tierra. Porque es a nivel de tierra donde se conocen las verdaderas conexiones de los hombres.

Me acordé de Bodie.

Bodie había tenido una chica.

Una chica sensacional.

Una de esas chicas que, cuando las ves, piensas en lo bien que estarían en una caja de bombones, para poder llevarte la caja a casa, abrirla y zampártela.

No era simpática.

Pero era todo un monumento.

Y un día alguien se la birló a Bodie.

¿Quién?

Mis recuerdos no llegaban a tanto. Mis recuerdos se movían

confusos a querer precisar tanto. Pero, con los ojos cerrados, hice desfilar nombres y rostros. Hasta que quedó retratado uno: ¡el nombre del senador Philip Macomby!

—Abrí los ojos.

Bisbee, que ya iba a atizarme con la botella aprovechando que no le veía, la dejó poco a poco mientras soltaba una risita de conejo.

—Je, je... Iba a echar un trago, muchacho. Con tantas emociones, uno se muere de sed.

—Bisbee, maldito sea... ¿Usted se acuerda de Macomby?

—¿Cómo no voy a acordarme? ¿El senador por Georgia? ¿El tío que ha dicho cien veces que en este país lo que hace falta es una nueva guerra civil?

—El mismo.

—No vayas por ahí, Harry. Nada de nada. Entre Macomby y Bodie no ha habido la menor conexión nunca.

—No a nivel político, pero sí a nivel personal. Usted debe acordarse de Jessica.

—No, no me acuerdo.

—La que dijeron que tenía las piernas más bonitas de América.

—Ah, cuerno, entonces sí que me acuerdo. A mí las caras se me borran, ¿sabes? Pero lo otro... lo otro... lo otro...

—Jessica era la chica de Bodie.

—Sí, ya lo sé, maldita sea. Fue la chica de Bodie con piernas sensacionales y todo. Con las piernas más bonitas de América.

—¿Quién se la birló?

—Pues... pues no me acuerdo.

—Porque usted no se fija en las piernas tanto como yo, Bisbee. Porque yo a unos buenos muslos les sigo la pista con mucha más ganas. Se la quedó Macomby.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Bodie se había cargado a un tío de los muelles porque le metió mano a Jessica. Nunca pudimos aclarar aquello, pero para mí la cosa no tuvo vuelta de hoja. Bodie hizo que a aquel tipo, cuando estaba en la bodega de un barco, le desplomaron encima una pieza de una rotativa que pesaba sus buenos mil quinientos kilos. Oficialmente fue un caso fortuito: la grúa había desprendido la carga. Pero cuando vi a aquel pobre tipo convertido en una tortilla,

o peor aún, en un sello de correos, me di cuenta de que aquélla era la venganza de Bodie.

—Muy bien, pero ¿y qué? Ese es asunto que no tiene la menor relación con el caso.

—Sí que lo tiene, Bisbee. Ese asunto nos pone de manifiesto lo mucho que el marrano de Bodie apreciaba a la marrana de Jessica. Y sin embargo tres meses más tarde el senador Philip Macomby se la birla y aquí no ha pasado nada. ¿Eso no le hace pensar?

—¡Claro que me hace pensar, infiernos! Pienso que Bodie, esta vez, tuvo que envainársela. Philip Macomby era demasiado para él.

—Narices.

—¿Narices?

—Sí, Bisbee: Narices. Un senador del Sur significa mucho, pero a la hora de matar o morir significa mucho más al amo de los muelles en Nueva York. Ese sí que puede pagar asesinos a docenas. Ese sí que puede provocar «accidentes» en cualquier sitio del país en que le plazca.

—Bueno, perro, ¡entendámonos! ¿Qué significan tus ladridos?

—Significa que Bodie se calló porque le convenía, que incluso Jessica pudo ser el símbolo, el emblema, la prueba de su amistad. Una amistad que tiene mucho que ver con el asunto que ahora nos estamos tragando.

Bisbee había palidecido.

Sus dientes rechinaron.

—Entonces, ¿piensas que hay que buscar a Bodie?

—A Bodie no hay que buscarlo. Bodie se dejará ver por la Unión Sudafricana o por donde convenga, demostrando cien veces si hace falta que él nada ha tenido que ver con este maldito asunto. Al que hay que buscar es a Philip Macomby.

—Él también te demostrará que nada ha tenido que ver.

—Eso lo comprobaremos —masculló—. Además, qué infiernos... Al menos es una pista.

Bisbee volvió a rechinar los dientes.

—Ya sé por qué dices eso. Ya sé lo que piensas. Tú has calculado que allí estará Jessica. Y que tal vez...

Moví la lengua.

Se me estaba haciendo la boca agua.

—Cuerno... —barboté—. ¿Cómo lo ha adivinado, jefe?

# Capítulo VI

## EL CÁLIDO Y AMABLE SUR

**B**UENO, allí estaba yo.

Con los dientes bien afilados.

Con ganas de morder.

Con los puños preparados y con más cara de mala jeta que nunca.

Un avión especial acababa de depositarme en el aeropuerto de Savannah, la ciudad muy cerca de la cual vivía Philip Macomby. Desde allí tomé un taxi que me llevó al Grayson Stadium y a Daffin Park.

Allí me paré a tomar un bourbon doble y luego seguí en el mismo taxi por Victoria Drive, hasta llegar a la altura de Ogechee Road y empalmar con la carretera nacional número 17, a la altura de Liberty Parkway.

Todo eso sin mirar un dólar.

Todo pagado.

Cuando el tío Sam ve que pelagra la vida de sus mandamases, no repara en gastos.

Philip Macomby tiene su finca en un sitio llamado Fort Stewart, una zona magnífica. Concretamente la tiene en un lugar llamado Richmond Hill, al que se llega muy bien desde la carretera 17 y la autopista 95, todavía, en parte, en construcción.

Pero ya he dicho que yo estaba a la altura de Liberty Parkway.

Allí dejé el taxi.

Una rubia me esperaba en el cruce con un descapotable.

Un descapotable de los que hacen tilín a un muerto.

¿Y qué decir de la rubia?

Era brutal.

También el tío Sam la ponía a mi disposición para que no me

aburriese.

La chica cruzó las piernas y dijo:

—Te esperaba.

Yo metí la mano donde no debía.

—Yo también te esperaba, nena.

—Estate quieto. Las órdenes que he recibido son las de dejarte cerca de la finca de Macomby.

—Pero antes nos paramos en el primer motel que encontremos. No hay prisa, chata.

No contestó.

Me dio las llaves de contacto, las puse y arranqué.

La chica aún tenía las piernas cruzadas.

Y ella fue culpable.

En la primera curva por poco nos matamos los dos.

\* \* \*

En Richmond Hill había una pequeña población negra que bordeaba el camino por el cual nos dirigíamos a la finca de Philip Macomby. Antes de llegar, la chica me indicó que parase.

—Yo me quedo aquí —declaró.

—¿Por qué?

—No conviene que me vean. Soy bastante conocida en estos contornos. Además no puedes perderte, puesto que por este camino llegarás en línea recta a la finca de Macomby.

—No estoy conforme, nena.

—¿Por qué?

—No hemos pasado por delante de ningún motel.

—¿Crees que si hubiera un solo motel en el camino yo hubiese ido contigo? —me soltó.

Y brincó para salir del descapotable.

Un magnífico salto.

Piernas al aire.

Y yo con un palmo de narices.

Pero me acordé de que estaba en juego algo más importante que mi afición personal a las chicas, de modo que me aguanté y seguí rodando hacia la pequeña población negra.

Allí me detuve de nuevo.

La excusa fue tomar otro bourbon doble y ver el ambiente. Pero la realidad fue otra. En la puerta del único bar acababa de ver una

chica de las que le ponen enfermo a uno.

Era una mulatita.

O, mejor dicho, una mulataza.

Con la falda abierta hasta medio muslo, balanceaba la pierna izquierda a la puerta de un bar donde se leía sencillamente: Drinks-Girls. Era el paraíso de Mahoma, vamos. Bebida y chicas.

De modo que me acerqué.

Vi otras cosas al aproximarme, aparte de la mulatita cañón. Vi por ejemplo unas moscas gordas como puños y un sheriff tripudo como un hipopótamo. Vi también cuatro negros en camiseta, cada uno de los cuales tenía pinta de ser una combinación de Bonavena y de Cassius.

Cosa extraña, la presencia allí del sheriff, no me tranquilizó.

Al contrario, me dio más miedo.

Debía estar a sueldo de Philip Macomby, y tuve la fea impresión de que me había estado esperando.

La mulatita me miraba con los ojos entornados.

Y yo la miré llevando las manos por delante.

—Hola, nena —dije, como el que no quiere la cosa—. Supongo que tendrás media hora para perder.

Y le puse las manos encima.

No en un sitio de los que la gente busca, créanme. Le puse las manos en los brazos, para atraerla hacia mí. Hasta el momento no había nada malo en eso. Pero demasiado tarde me di cuenta de que la mulatita la habían puesto allí como cebo para que yo picase. Inmediatamente se convulsionó y se puso a chillar:

—¡Me ha tocado! ¡Ese cerdo me ha tocado! ¡Yo no le había dicho ni una palabra! ¡Ha querido aprovecharse de mí!

El sheriff estaba esperando aquello.

Bizqueó y se puso en movimiento.

Primero la tripa; luego él.

Con un poco de mala uva por parte de los testigos —y la tendrían— podían caerme seis meses. Aquello dejaría de momento a Macomby a salvo de cualquier investigación.

El sheriff gruñó:

—Yo te diré dónde tienes que poner las manos, amigo.

Barboté:

—¡Aquí!

Y disparé los puños contra su estómago, que era como una colchoneta de camping. El sheriff se encogió. Hasta la estrella se le movió de sitio y se le subió a las narices. Si es que tenía en el bolsillo alguna orden de detención contra mí, seguro que se la tragó enseguida.

Pero los cuatro negros con las cuatro camisetas se movieron.

Yo tragué saliva.

Todo estaba muy bien preparado allí. Tan bien preparado que sólo necesitaban un cuchillo de desollar para arrancarme la piel a tiras.

Bisbee me había dicho:

—Prudencia, muchacho, prudencia... Tú, nada de llamar la atención. Tú, si te dan, aguantas...

Bueno, aguantó su tía.

Los cuatro negros se habían abierto, atacando dos por cada lado. Supuse que uno de ellos al menos intentaría situarse a mi espalda.

Moví la pierna derecha.

Ustedes ya habrán notado que me cuesta menos atizar un puntapié que comprar un paquete de cigarrillos. Y en este caso con doble motivo, porque tenía que atacar antes de que se acercaran demasiado a mí.

La zona en que cuatro días antes me habían entrado las esquilas de bala, no me dolió nada.

En cambio al negro la zona en que le metí la punta del zapato le dolió mucho.

Lanzó un berrido que debieron oírlo desde sus tumbas los muertos de la batalla de Atlanta.

Inmediatamente me moví de nuevo, sin adornar la cosa viendo cómo se retorció mi enemigo. Disparé la izquierda hacia el negro que me venía por el lado opuesto y le alcancé de lleno. Lanzó un gruñido, dio media vuelta y cayó hacia atrás, pero yo adiviné que se recuperaría enseguida.

El sheriff aulló:

—¡Ojo con él! ¡Lo quiero vivo!

Naturalmente que me quería vivo. Esa era mi única ventaja. Matar a un hombre de la brigada de servicios especiales no le convenía en absoluto. En cambio podía encerrarle por sobar a una mulata y por darle a él recuerdos para su estómago.

Me incliné, volviendo la espalda como si fuera a huir.

Pero nada de eso.

El tercer negro ya se me echaba encima.

Lo recibí en la espalda y lo volteeé como el que voltea un saco para dejarlo en tierra.

Hasta ahora todo iba bien.

Pero el cuarto me cazó.

Me dio tal derechazo en el hígado —derechazo, puesto que me tenía de espaldas— que di un brinco y patiné hasta estrellarme contra la puerta del bar. Cosa extraña, allí seguía la mulatita.

Y ahora sí que me abracé bien, puesto que nada tenía que perder, y ya que iba a recibir, al menos quería también aprovecharme un poco.

Los cuatro negros volvían a estar en pie. Avanzaban hacia mí como un bloque de ébano.

Me metí en el bar antes de que me rodearan y sujeté una banqueta. El primero que entró la recibió en su cabeza. La banqueta se hizo astillas, y con la cabeza no sé qué pasó. Pero tengo la sensación de que al tío ya no se le ocurrió volver a levantarse.

Los otros tres arremetieron de golpe.

Yo ya me había colgado de la lámpara.

Quedaba hecho un péndulo la mar de bonito.

Ding-Dang... Din-Dang...

¡DONG!

Con el pie derecho había destrozado la mandíbula del primer negro que se dirigió hacia mí. Se llevó las manos a la cara y cayó de rodillas. Sus ojos se pusieron blancos que blancos. Mira por dónde, estuvo a punto de cambiar de raza.

Siguiendo el movimiento pendular, caí al otro lado del bar. Los dos negros que seguían en pie, y que ya creían tenerme capturado, se volvieron de repente cuando yo fui a aterrizar en el lado opuesto. Uno de ellos saltó.

Puse una mesa en su camino.

El tío patinó por encima, se estrelló en la barra y se puso en pie de nuevo. Pero ya debía ver más estrellitas que las que tienen reunidas todos los generales del Pentágono.

Estaba como «flotando» en el enorme ring que era aquel bar de mala muerte.

(De mala muerte mía, si me descuidaba.)

El otro volvió a cazarme. Esta vez no en el hígado, pero sí en los riñones. Tenía especialidad en buscarme la espalda. Caí de rodillas y pensé en la posibilidad de que tuvieran que hacerme un trasplante.

Pero no sólo de riñones.

Un trasplante de todo el esqueleto.

Porque mientras estaba de rodillas el negro me volvió a atizar. Me hundió la puntera del zapato entre las costillas, y calculé que al menos calzaba un cincuenta y dos. Sentí tal dolor que quedé sin respiración durante unos instantes.

Pero, con respiración o sin ella, tenía que moverme o acabaría convertido en un detective en salmuera. De modo que giré un poco y, cuando el individuo se disponía a repetir el puntapié, le sujeté por el tobillo y por la suela del zapato.

He ensayado muchas veces esa maniobra.

Y he roto con ella más cabezas que corazones de mujeres.

(Dos o tres.)

Alcé las piernas del individuo y aproveché su impulso para estrellarlo contra la pared. No se dio cuenta. Quedó sentado en el suelo, con las espaldas apoyadas en una mesa, los ojos cerrados y un chorro de sangre escapando por su nariz.

Quedaba el otro.

El que «flotaba».

Este había sujetado una banqueta y trató de aplastármela encima de los pocos huesos enteros que aún me quedan en la cabeza. Pero ya le faltaban reflejos y se movía con cierta lentitud. Pude esquivarle, y al descargar el golpe y fallarlo quedó al descubierto.

Yo aproveché la oportunidad.

Le clavé la pierna izquierda en el hígado y luego, cuando se inclinaba, le envié alternativamente dos ganchos a la mandíbula.

¡TAC! ¡CROK!

Se me quedó lo que se dice como un pollito. Hasta tenía cara de buen muchacho. Había una botella en el suelo y el tío la abrazó. Así, seguro que nadie se la quitaría, se quedó dormido.

Ya no tenía enemigos.

El único era el sheriff, que había sacado el revólver, pero lo bajó

poco a poco.

—Ha marcado mal el número, so cerdo —barboté—. Otra vez asegúrese bien de que el teléfono funciona.

Y salí.

La mulatita aún seguía en la puerta.

Balanceando las piernas.

Haciendo «Chup, Chup» con la boca.

De modo que fui y la besé.

Mi trabajo me había costado.

Ella susurró, cuando la dejé respirar:

—Te juro que me han obligado... El sheriff me ha dicho que si no lo hacía no me dejaría vivir aquí. Pero si tú quieres te recompensaré por todo lo que has sufrido.

Yo me entusiasmé.

—Claro que sí, nena.

Pero de pronto sentí tal pinchazo en los riñones que comprendí que lo que necesitaba era una semana de cama y una bolsa de agua caliente.

Si me metía con aquella chica en cualquier lugar cerrado, iba a hacer el ridículo.

—Lo siento, muñeca —susurré— Tendrá que ser cuando vuelva.

Y traté de besarla de nuevo, para al menos llevarme algo a cuenta, pero ella me rechazó.

—¡Quita! —dijo—. ¡Fuera de aquí! ¡Ya no quedan hombres!...

Yo fui hacia el descapotable.

Pensé que la mulatita tenía razón. Si en ese momento llegan a examinarme para el servicio militar, me dan por inútil total.

Incluso mirándome con lupa.

# Capítulo VII

## BIEN VENIDO A LA TUMBA, SO BUITRE

DEJÉ el descapotable en la alameda rodeada de palmeras y que recordaba intensamente a un paisaje del Caribe. No faltaban ni unos cuantos mulatos, sin duda criados de Macomby, que apilaban cocos en unas grandes carretas de madera como las que debieron usarse en los años de la esclavitud. No faltaban tampoco unas mulatitas que cuidaban las flores. Ni un viejo que tomaba el sol y que parecía arrancado de las páginas de La cabaña del tío Tom.

Aquí no había moscas gordas como puños.

Ni sheriffs hipopótamo.

Había una casa blanca que estaba hecha con el señorial estilo de las grandes mansiones del Sur. Había una piscina resplandeciente, de aguas azules que parecían de seda. Había una chica que estaba golpeando con un látigo a un perro atado a una cerca.

Me aproximé.

El perro gemía lastimeramente.

Tenía ya todo el cuerpo cubierto de sangre.

La chica llevaba una especie de «maxi» que la cubría enteramente por detrás, pero, en cambio, por delante, como la «maxi» estaba abierta se veía un conjunto «mini» que hubiese mareado a un pirata. Era un conjunto «mini» tan seductor que casi no me atrevo a describirlo. Pero, hala, me atreveré. La muchacha llevaba unas botas hasta un poco más abajo de las rodillas, una faldita que apenas cubría nada de nada, unas medias oscuras y un liguero color negro. Todo eso sobre las piernas más bonitas de América.

Casi acaricié el nombre en el aire.

—Jessica...

Jessica no se había dado cuenta, sin duda, de que el largo y ligero «maxi» se le había abierto. De lo contrario no enseñaría tantas cosas. Claro que estaba tan entusiasmada torturando al perro que todo lo demás parecía importarle poco.

Yo me acerqué.

No me vio.

Sólo el perro me miraba, un perro que parecía implorarme piedad con sus ojos húmedos.

Yo apreté los labios.

Levanté la derecha.

¡ZAAAASSSS!

Jessica cayó al suelo. Cayó con sus piernas maravillosas, con sus botas nuevas, con sus medias oscuras y su ligero de campeonato. Cayó con todo lo que tenía y con todo lo que ella había aprendido a tener.

Sólo entonces me vio. Me dirigió una mirada de asombro, porque daba por descontado que yo a aquellas horas tenía que estar hospitalizado o metido entre rejas. Pero luego tuvo que aceptar la realidad, y entonces su mirada de asombro se convirtió en una mirada de odio.

Movió el látigo.

Dio por descontado que si con él se destrozaba a un perro también se podía destrozar a un hombre.

Yo esquivé fácilmente, sujeté el látigo en el aire y tiré de él. Un momento después se lo había arrancado de las manos a Jessica. Ella lanzó un gemido.

—Ponte en pie, hiena.

—¿Quién eres tú para mandarme eso?

—Demasiado sabes quién soy. Demasiado sabes que me llamo Harry Killer.

—No te he oído nombrar nunca.

—Yo a ti sí.

Le tendí la mano.

Ella, que era muy fuerte, intentó tirar de mí para hacerme perder el equilibrio.

La vi venir, y lo que hice fue tirar de ella hacia arriba. Cuando la tuve un poco alta, la voltee y la dejé caer sobre un parterre de rosales. Todas sus manos se arañaron. Empezó a brotar la sangre.

La volví a sujetar y esta vez tiré de ella del todo. Cuando la tuve a mi altura, la besé en la boca. Tenía una boca demasiado grande, demasiado insolente, demasiado insultante. Pero amigos, ¡qué boca! Cuando se dio cuenta de lo que sucedía, ya no le quedaba aliento ni para llamar al notario y dictarle su última voluntad.

Se puso tiesa como una jabalina.

Me insultó:

—¡Salvaje!

—En plan de salvaje aún no me has visto, nena.

Y volví a besarla.

Pero ahora lo hice con más ganas aún y con más mala uva. Tanto que Jessica se me quedó desmadejada en los brazos.

Cuando la solté, no fue por mi gusto.

Fue porque me obligaron.

El cañón de una escopeta de caza de enormes cañones, y que sin duda estaba cargada con postas, se había apoyado en mi cabeza.

Detrás de la escopeta estaba la cara de un tipo al que conocía muy bien.

La elegante y bien afeitada cara de Philip Macomby.

—No me gusta que besen a mis amigas —dijo.

—Y a mí no me gusta que torturen a mis amigos —contesté.

Y señalé al perro, que ya había empezado a recuperarse y se arrastraba tratando de huir.

Macomby farfulló:

—Yo diría que en vez de ser amigo del perro es usted su pariente.

—No me extrañaría.

—Ella hace eso por distraerse y por mantenerse en forma. Manejar el látigo es un buen deporte.

—¿También es un buen deporte apuntar con una escopeta de caza a la cabeza de los policías?

Él rechinó los dientes.

Pero bajó el arma poco a poco.

—¿Desde cuándo es usted un policía? Y si lo es, ¿qué hace aquí?

—Eso es lo que debe estar preguntándose desde que me ha visto, Macomby. ¿Qué hago aquí? Según sus cálculos, yo tenía que estar ahora metido en una mazmorra y con aquel sheriff hipopótamo sentado encima del ombligo.

—No sé de qué me habla.

Como él había bajado la escopeta, yo solté a la chica.

Jessica era una condenada golfa.

Pero una golfa de raza.

—La pregunta queda en pie —murmuró Macomby—. ¿Qué quiere? Yo soy un senador. Si no me da pronto una explicación satisfactoria, le juro que va a tener que volver a su redil con la chapa de policía entre los dientes. Por éstas.

Durante algunos segundos nos miramos amenazadoramente.

Yo no sabía qué contestarle.

Las órdenes de Bisbee habían sido de obrar discretamente, y ya ven ustedes adonde me había llevado mi «discreción».

Confieso que pasé más apuro que cuando tenía delante a los cuatro negros, porque mi terreno, el terreno en que me muevo bien, no es el de las palabras, sino el de los hechos.

Pero en aquel momento un hecho imprevisible vino a cambiar las cosas y a romper la tensión insoportable en que nos veíamos envueltos los tres. Oímos unos gritos infantiles que parecían pedir socorro. La voz era desgarrada:

—¡Papá! ¡Papá!...

Todos miramos hacia allí como si tuviéramos un solo cuerpo. Y entonces vimos algo que no tenía nada de normal, pero tampoco de asombroso. Yo sabía bien que había aún muchos de aquellos animales en las marismas del río Ogeeche, bastante cerca de allí. No era extraño que uno de ellos, tal vez persiguiendo a una hembra o tal vez huyendo de un cazador, hubiese llegado hasta la casa.

El caimán era gigantesco.

Y perseguía a una muchachita de unos trece años que era casi incapaz de correr, tan asustada estaba.

No sé si ustedes saben que los caimanes, pese a su aspecto pesado, corren como malditos.

Por si acaso no le deseo a usted que se encuentre con uno cuando se levante de la cama.

La chica no tenía demasiados sitios adonde ir, porque el caimán ya estaba casi encima. Entonces se arrojó irreflexivamente de cabeza a la piscina.

Fue lo peor que pudo haber hecho.

Era el elemento del caimán, el cual se arrojó también.

Todos comprendieron que la pequeña estaba perdida.

Macomby lanzó una salvaje maldición y largó con su escopeta una doble andanada contra el bicho. Pero sólo logró alcanzarle de refilón, y además los perdigones no pudieron nada contra su dura piel.

En ese momento oímos otro grito. Este era desgarrador, pero no venía de la piscina, donde la pequeña quizá había sido alcanzada ya por las mandíbulas del saurio. Provenía de la garganta de una preciosa muchacha de unos veinte años que corría desmadejada en la dirección seguida por la niña y Ja fiera. Por su desesperación, yo pensé por un momento que era la madre de la pequeña, pero enseguida me hice la reflexión de que para eso resultaba demasiado joven.

Y ya no reflexioné más.

La muchacha se había lanzado de cabeza al agua.

Yo solté una imprecación y corrí también con todas mis fuerzas.

Creo que nunca he corrido tanto.

Ni cierta vez en que me persiguió con fines poco claros una viuda de cincuenta años.

Tomé impulso y me lancé también de cabeza a las limpias aguas de la piscina.

En seguida me di cuenta de que si la pequeña no había muerto ya despedazada era porque la otra mujer había distraído la atención del caimán, colocándose delante de él y ofreciéndose, por decirlo así, como víctima propiciatoria. La fiera se disponía a atacar, con sus fauces abiertas monstruosamente. Yo no tenía armas ni me había visto jamás en un lío semejante.

Pero no podía estarme quieto.

Me lancé por detrás sobre el caimán y le abracé las mandíbulas en el momento en que lanzaba una frustrada dentellada al aire.

Se revolvió bestialmente.

Pero yo no lo solté, porque allí estaba la única posibilidad que tenía de vivir lo suficiente para volver a ver otra vez las piernas de Jessica.

Los caimanes, al igual que los cocodrilos, tienen mucha fuerza para cerrar las mandíbulas, pero mucha menos para abrirlas. Eso significa que, mientras lo tuviese abrazado, sería más potente que él.

No sé cuánto tiempo duró eso.

Quizá sólo fueron diez, quince segundos.

Pero a mí me pareció una eternidad.

Vi de pronto a Macomby que aparecía en el borde de la piscina. Sin duda había vuelto a cargar la escopeta, y apuntaba cuidadosamente. Pensé que el tío, con el cuento del caimán, iba a darme a mí.

Pero no se atrevió, a pesar de que quizá no le faltaban ganas.

Esta vez la escopeta no había sido cargada con postas, sino con dos enormes balas perforadoras. Las dos atravesaron por el centro el cuerpo del caimán, que empezó a debatirse angustiosamente. Fue entonces cuando lo solté y cuando tuve que esquivar su terrible y ciega dentellada.

Yo sujeté a la pequeña y la aparté, mientras la mujer que había tratado de ayudarla se mantenía cerca del caimán para llamar su atención. No había duda de que, además de bonita y apetitosa, era valiente como un cosaco. Mientras tanto Macomby introducía en la recámara, una bala más, una sola para no perder tiempo.

Disparó contra la boca del reptil, que estaba abierta. Y le destruyó la garganta.

La piscina empezó a convertirse en una repulsiva mezcla de agua y de sangre.

Salimos como pudimos de allí.

La pequeña había perdido el sentido.

La otra mujer la ayudaba haciéndole la respiración artificial, aunque eso no fuera del todo necesario. En cuanto a Philip Macomby parecía hecho una furia.

—¡Malditos cerdos! —barbotó—. ¡Sucios mercaderes de muerte! ¡De esto van a oír hablar en el Senado! ¡Están desecando las marismas y no toman precauciones! ¡Los reptiles, al perder su elemento, están invadiendo todas estas fincas! ¡Tanto, que siempre tengo que ir con la escopeta bajo el brazo! ¡Malditos! ¡Está vez se acordarán!

Yo no contesté.

Me hacía cargo de la situación y comprendía bien la ira de Macomby.

Había estado a punto de ver a su propia hija destrozada por las fauces de una fiera. Todo a causa de los que desecaban las marismas

sin tomar precauciones y sin evitar la dispersión de todos los pequeños monstruos (serpientes, caimanes y hasta vampiros) que hasta entonces las habían poblado.

Porque aquello era el Sur.

El Sur de las mujeres hermosas y ardientes, de los sheriffs tripudos, de los verdes campos de maíz y los pantanos infectados de sucias alimañas.

Noté que la pequeña iba volviendo en sí.

Y la hermosa muchacha que había intentado salvarla, arriesgando su vida en ello, seguía haciéndole la respiración artificial, aunque cada vez más suavemente.

Miré a Jessica. Miré sus fabulosas piernas, o mejor dicho traté de verlas. Pero me quedé con un palmo de narices.

Ella se había abrochado bien la «maxi».

Y entonces, como no había nada mejor que ver, dirigí mis ojos hacia Macomby.

—¿Es su hija? —pregunté, señalando a la pequeña.

—¿No lo ha adivinado?

—Creí que era usted soltero.

—Podría serlo y tener una hija, ¿no? Pero en realidad soy viudo. Su moral puede quedarse tranquila.

Dirigí entonces la mirada hacia Jessica.

—Se ha consolado bien —murmuré.

—¿A usted qué le importa?

—Reconozco que nada —dije—. Ese no es asunto mío. No me importa absolutamente nada.

—Le echaría con mucho gusto de aquí, polizonte. O le clavaría una bala entre las cejas.

—¿Por qué no lo ha hecho? Ha tenido una magnífica ocasión cuando el caimán y yo estábamos juntos. ¿Por qué no la ha aprovechado?

—Usted estaba entonces salvando a mi hija —susurró Macomby—. Al menos eso he de agradecerme.

—No me lo agradezca, Macomby. Hubiera hecho lo mismo por cualquier niña en peligro. Por cierto, ¿qué edad tiene?

—Nueve años.

—Y esa señorita que se ha jugado la piel para ayudarla, ¿quién es?

—Es Laureen, su maestra.

—Ah... ¿Tiene una maestra particular?

—En este sitio no hay demasiadas escuelas donde elegir —respondió Macomby secamente—. De modo que mi hija se educa en mi propia casa.

—Y así no tiene que ir a escuelas donde se mezcle con negros, ¿verdad? Porque incluso en el Sur la segregación racial ha sido abolida.

—Eso tampoco le importa.

—Es cierto —dije—. Tampoco me importa.

—Además Laureen la educa bien.

—Y la quiere —dije suavemente—. Se nota que la quiere con locura. Nunca he visto una mujer que arriesgara tanto por tratar de salvar a una niña. Se ha puesto materialmente delante de las fauces del caimán.

La muchacha me miró entonces.

Tenía unos ojos azules, suaves y limpios.

—De no ser por usted —dijo—, me hubiese devorado. Ha sido usted el que nos ha salvado a las dos.

Yo no hice ningún comentario.

La miraba fijamente.

Ahora que me había puesto a contemplarla, me resultaba muy difícil separar los ojos de ella.

Era distinta de Jessica. Muy distinta.

Tenía tantas cosas como ella, e incluso más proporcionadas, si uno iba a analizar bien. Pero todo lo que en Jessica era agresividad y sexo, en Laureen era suavidad y ternura. Todo lo que en Jessica invitaba al beso salvaje, invitaba en Laureen a la caricia amiga.

Pensé que la chica me interesaba. Ciertamente que a mí, así de entrada, me interesan todas las chicas, pero ésta bastante más. Hasta estuve a punto de preguntarle cuánto cobraba por clases particulares.

El senador cortó aquellas reflexiones diciendo:

—Lo menos que puedo hacer es ofrecerle mi hospitalidad, polizante. Espero que la acepte por unas lloras y así podremos hablar.

—Para eso he venido, Macomby.

—¿Cómo se llama usted, pesquisa?

—¿De verdad no lo sabe?

—No tengo ni idea, y si quiere que le diga la verdad, tampoco me preocupa en absoluto.

Vi a Macomby muy seguro de sí mismo, y confieso que eso me desconcertó un poco, lo confieso. Pero enseguida recuperé mi desfachatez habitual mientras decía:

—Me llamo Harry Killer.

—Tiene usted un sucio nombre, pesquisa (1).

**(1) Killer, en efecto, quiere decir «matón», «asesino». (N. del A.)**

—No he podido elegir otro. Empezaron a llamarme así cuando era muy pequeñito.

—No voy a echarle de casa por eso. Se quedará aquí al menos unas horas, supongo.

—Por descontado que sí.

—Vamos a mi despacho

Se dirigió hacia la casa, pero antes hizo una seña a Laureen.

—Hay que entrar a Mary. Y avisar inmediatamente al doctor Evans.

—Sí, señor Macomby.

Yo mismo sujeté a la pequeña en mis brazos y la entré en la casa. Era grácil, tímida y muy bonita. Temblaba en mis manos como un pajarito. A pesar del calor del Sur, estaba tan empapada que necesitaba cambiarse de ropa cuanto antes.

[Noté que me miraba.

Y trataba de sonreír.

Estaba agradecida porque sabía que yo había logrado salvarla lanzándome al agua.

—Animo, pequeña —le dije sonriendo—. Muy pronto te habrás olvidado hasta del color que tenía aquel caimán.

—Usted me ha salvado —dijo—. De no ser por usted, ahora estaría muerta.

—Te he salvado porque eres una chica muy guapa —dije besándola en la punta de la nariz—. Y porque si yo fuera un poco más jovencito, me enamoraría de ti.

Lanzó una carcajada.

Yo siempre he tenido muy buena mano con los niños.

He sido el típico fulano con el que siempre quieren jugar al

fútbol o al béisbol, y que de vez en cuando apedrean porque dicen que hace trampas.

Me di cuenta de que había caído bien con ella, a diferencia de con su padre.

Laureen, que me prendía, me indicó una escalera que llevaban al piso superior. Mientras ascendía por los peldaños, me di cuenta de que la casa era fastuosa. No sé por qué Macomby quería modificar la actual política de Estados Unidos, si le iba muy bien con la que ya había.

Depositó a Mary en su cama, en el centro de un hermoso dormitorio blanco.

Laureen, que me había seguido hasta allí, se apresuró a buscar ropas limpias en uno de los armarios.

—Gracias a Dios vendrá pronto el doctor Evans —dijo—. Esto podía haber resultado fatal para Mary.

—¿Por qué? —pregunté—. Ha sido un simple remojón. Cámbiela de ropas y en paz. Eso no perjudica a ningún chiquillo.

—Es que Mary es una niña muy delicada.

—No lo parece. Tiene una estatura y un peso normales y está muy bien formada.

—¿Pero no se ha dado cuenta de su mal color?

—Eso es lógico, después del susto.

—No, no... El mal color ya lo tenía antes. Mary no se encuentra bien. El doctor Evans siempre dice que su estómago y sus pulmones no funcionan normalmente, y que quizá algún día tendremos que operarla.

Miré a la pequeña.

No sabía bien por qué, pero me sentía unido por una secreta simpatía hacia ella.

—Supongo que el doctor Evans sabrá lo que se lleva entre manos —dije.

—Es muy competente. Y creo que si Mary recupera del todo la salud será gracias a él.

—De acuerdo, Laureen; entonces no pierda tiempo y cámbiela de ropas. Luego tendrá que cambiarse usted también.

—Naturalmente que sí. Pero ahora márchese, señor Killer. No puedo cambiar a Mary en su presencia. Ella es ya una mujercita.

—Preferiría que se cambiara usted —dije, volviendo a mi

desvergüenza habitual.

Y salí.

Ya lo ven: un tipejo como yo no puede ser persona honrada más allá de diez minutos seguidos.

Macomby me esperaba en el vestíbulo superior. Allí había varias puertas, una de las cuales acababa de abrir.

Daba a un lujoso dormitorio, en cuyo umbral había un criado muy tieso llevando bajo el brazo varias prendas de ropa.

—Supongo que eso le sentará bien —dijo Macomby—. De entre las prendas de vestir que tengo, esas son las que mejor se adoptan a sus dimensiones de gorila. Usted también tiene que cambiarse porque está calado hasta los huesos.

—Gracias.

—Disponga de ese dormitorio.

Entré en él y vi que todo estaba en orden. Ni micrófonos ocultos, ni ventanas de guillotina que le pegan las manos a uno, ni conexiones eléctricas en el baño para que a uno le pase una corriente de quince mil voltios apenas se moja los pies. De modo que me desnudé, me di una ducha tibia para entonarme por fuera, me zampé un whisky para entonarme por dentro y me probé las ropas que acababan de facilitarme.

Me sentaban bien.

Cuando salía de la habitación, vi subir la escalera a un hombre de aspecto preocupado y que llevaba un maletín negro. Tenía pinta de científico de esos que siempre están pensando en las estrellas, aunque también se le notaban detalles de ser muy ordenado, muy meticuloso. Imaginé que debía tratarse del doctor Evans.

Mi idea se confirmó al ver que entraba en la habitación de Mary.

Pensé que al fin la pequeña estaba en buenas manos.

Descendí a la planta baja y vi a la izquierda del vestíbulo las puertas abiertas de una magnífica biblioteca. Macomby me esperaba allí. Estaba preparando dos combinados sobre una mesita de laca que había entre dos butacones rojos.

—Espero que le gusten —dijo—. Son típicos combinados del Sur, a base de ron y piña.

—Me han dicho que los combinados del Sur resultan muy explosivos —musité.

Si el senador ligó aquello con el estallido atómico con el que se

pretendía eliminar nada menos que al primer magistrado del país, no lo demostró. Sus facciones permanecieron imperturbables mientras me tendía uno de los vasos.

—Pruébelo —dijo.

Esperé a que bebiera primero él.

Entonces lo probé. Y hube de reconocer que las mezclas del Sur eran buenas. Por ejemplo una mezcla de Jessica y Lauren. ¡Uf! ¡Qué locura!

(Perdonen. Yo quería ser un hombre serio, pero noto que otra vez me estoy volviendo un buitre).

—Me gustaría saber quién le envía —dijo con suavidad Macomby.

—Usted sabe perfectamente que me envía Bisbee.

Bisbee es el jefe de la brigada política que tiene por misión prevenir cualquier posible atentado contra el presidente de Estados Unidos. Antes del asesinato de los Kennedy, esa brigada casi nunca actuó. Ahora se la considera de la mayor importancia.

—¿Por qué cree Bisbee que yo puedo atentar contra el presidente? —preguntó el senador—. No quiero tomarme en serio semejante acusación, porque de lo contrario diría que ese hombre está loco.

—No es usted, Macomby. Sabemos de sobra que usted no haría un trabajo tan sucio.

—¿Pues entonces quién?

—Bodie.

—No tengo ninguna relación con Bodie —masculló Macomby.

Yo dibujé unas curvas en el aire.

—Pero ella sí —musité.

El muy bestia me entendió enseguida.

—Confieso que Jessica fue antes la chica de Bodie —musitó—. ¿Pero y qué? A las mujeres como Jessica no se les pregunta por su pasado. Pudo ser la chica de cualquier otro.

—Mía no. Porque Jessica debe resultar cara.

—¡Bah! Ni aunque resultara gratis la podría tener usted, polizante. Porque Jessica es básicamente una mujer de buen gusto. Pero a lo que iba: sólo esa relación ha tenido con Bodie. El hecho de que Jessica, antes de vivir conmigo, pueda haberse visto obligada a ser complaciente con él alguna vez...

—¿Y Stephen Bogarty? ¿Tampoco tiene ninguna relación con él?

—Bogarty... Ni siquiera sé quién es.

—El fundador y jefe de una especie de partido nazi americano. No me diga que no le conoce porque tiene el mismo pensamiento político que usted: pureza racial, eliminación de los judíos y los negros, capitalismo a ultranza y bomba atómica contra los chinos, para empezar. Incluso ustedes dos se encontraron en San Francisco para tratar de la fundación de un partido electoral que no fuera ni el demócrata ni el republicano. Una especie de coalición que tendría que llamarse partido libre.

Macomby se dio cuenta de que había resbalado al negar su conocimiento de Bogarty. Yo, un puerco policía que sólo se lavaba los dientes con alquitrán, sabía bastantes más cosas de las que él esperaba.

Pero rio despreocupadamente.

—Yo soy un político —dijo—, y por esa razón trato a miles de personas cada año. No puedo recordarlas a todas. Claro que ahora que me habla de Bogarty sé que me ha ofrecido su apoyo en diversas ocasiones. Pero es tan insignificante que no lo he tenido en cuenta.

—Le creo, Macomby.

—Entonces, ¿por qué me molesta?

—Porque estoy de acuerdo en que Bogarty es insignificante, pero por su fanatismo puede servir perfectamente a los fines de un hombre frío y calculador como usted. Quiero saber si están de acuerdo para una cosa tan fundamental como ésta: matar al presidente de Estados Unidos.

Macomby lanzó una carcajada.

Parecía tan divertido que no pudo beberse ni el resto del combinado que tenía en su copa.

—¡Qué absurdo! —dijo al fin—. ¡Qué grotesco! ¿Qué iba a ganar yo con matar a Nixon?

—No sólo a él, sino también a numerosos miembros del Congreso. Realizar el atentado más mortífero y más salvaje que se recuerda en la historia del país.

El tío se me puso serio de repente.

Ya no se acordaba ni de las curvas de Jessica.

Masculló:

—Repito, ¿qué iba a ganar?

—Podría atribuir el atentado a quien quisiera. A los defensores de los derechos civiles, por ejemplo. O a los ex seguidores de Martin Luther King. O a quien le diera la gana. Supongo que eso lo tiene calculado ya, Macomby, en el caso de que sea el hombre que busco. Y, entonces, usted puede aparecer como el salvador de país. Como el único hombre que tiene fórmulas para resolver los problemas. Entre el terrible desconcierto nacional, usted será el único que tendrá sus fuerzas y sus discursos preparados. Y resultarán absolutamente máximas las posibilidades de que obtenga un éxito.

La cara de Macomby se puso gris.

Sus ojos me miraban fijamente, muy fijamente. Y yo nunca he visto tanto odio acumulado en unos ojos humanos.

—No tiene derecho a acusarme, cerdo —barbotó—. Soy un senador de Estados Unidos.

—Reconozco que no tengo ningún derecho a acusarle, Macomby. Puede denunciarme si quiere por extralimitarme en mis funciones. Hala, hágalo.

—¿Y entonces qué? Entonces usted negará haberme dicho esas palabras.

—Yo no niego nunca nada.

—Si le acuso, aún resultará que hago propaganda de usted —dijo oscuramente Macomby—. De modo que lo mejor es guardar silencio y despreciarle, Harry Killer. Y le diré más: si no se hubiera jugado la piel por salvar la de mi hija, le haría echar de esta casa inmediatamente.

—¿Sí? ¿Quién me echaría? ¿Aquel sheriff tripón que estaba en el poblado negro y al que usted paga todos los meses? ¿O los cuatro ex boxeadores tarados a los que usted contrató?

Macomby se puso lívido.

—¡Salga! ¡Salga inmediatamente de aquí! ¡Desde que usted entró en la casa, esto huele que apesta a desechos de buitre! ¡Huele a cerdo!...

Me puse en pie.

—Sabía que las cosas acabarían así, Macomby. Gracias por su brebaje.

Dejé caer la copa al suelo, con un gesto lleno de delicadeza (de vez en cuando también soy fino, qué caramba) y se partió en diez

pedazos.

Macomby ni la miró.

No le venía de una copa. Ni de una cristalería entera. Ni de una chica.

—Además es idiota, Harry Killer —dijo—. Nunca he visto a un policía que, sin tener evidencias ni pruebas, descubriera su juego tan estúpidamente como lo está haciendo usted.

—Ese es mi sistema, Macomby —dije—. Siempre ha sido mi sistema. Ir con la verdad por delante, como las señoras que no necesitan sujetadores.

—¿Sabe lo que consiguen las señoras que no necesitan sujetadores, Killer?

—Sí. Que por poco se las merienden en el Metro.

—¿Y sabe lo que consiguen los hombres como usted, so buitre?

—Que les abran la cabeza —dije—. Sí. Que se la abran para saber lo que tienen dentro.

Y salí.

Macomby arrojó furiosamente su copa al suelo, haciéndola mil pedazos.

Ya he dicho que no le venía de una cristalería entera.

# Capítulo VIII

# UN TAXI PARA EL CEMENTERIO

ME metí en mi magnífico descapotable (bueno, eso de «mío» es un decir) y rodé hacia la salida de la finca. Nada había cambiado en la gente que trabajaba allí. Los hombres seguían amontonando cocos en los carros de madera vieja y las mujeres de opulentas caderas seguían moviéndose por el jardín y cuidando las flores.

En el momento de arrancar miré con nostalgia la casa.

Dejaba allí algunas cosas dignas de ser recordadas.

La sonrisa de la pequeña Mary, la única cosa buena que en el mundo había hecho, quizá, su padre.

La mirada de Laureen, su maestra.

Y las piernas de Jessica, qué cuerno. No vayan a pensar ustedes que me he vuelto decente así de pronto.

Rodé, bordeando los inmensos terrenos de Macomby, por un camino que llevaba al mar, al norte de Savannah.

Y fue entonces cuando lo vi.

El coche que me seguía.

Estaba lleno de gorilas hasta por los neumáticos. Sin duda Macomby había movilizado a su gente. Querían alcanzarme y desearme felices fiestas.

Yo apreté un poco el gas.

Mi coche salió zumbando.

Ellos llevaban también un buen petardo, pero los perdí de vista. Mi descapotable era más rápido.

Si pensaban alcanzarme en ese plan, estaban listos.

Y de pronto vi lo demás.

Lo demás era aquel taxi que estaba parado en la estrecha carretera, cortándola totalmente.

Lancé una imprecación.

Otras veces me he visto en situaciones similares.

Y entonces, contando con un coche rápido, me he salido de la carretera. He volado por prados verdes, he remontado taludes y casi me he lanzado por precipicios. Una vez llegué a rodar incluso media milla por la vía del tren teniendo a éste a mi espalda.

Pero ahora no iba a servirme ninguno de mis trucos.

A la izquierda de la carretera tenía un despeñadero que daba al mar, y a la derecha una pared casi vertical por la que el coche no podría subir ni con grúa.

De modo que no tuve más remedio que frenar. O eso o partirme las narices contra el taxi.

Tres gorilas me esperaban allí con los puños preparados. También llevaban cachiporras y unos pistolones que no trataban de disimular, remetidos entre el pantalón y la camisa.

No había hecho más que frenar cuando apareció el otro coche detrás de mí doblando la curva.

La encerrona era buena.

Estaba más acorralado que una langosta entre el cocinero y la cazuela.

Pero ésta era una consecuencia de mi táctica de dar la cara, de modo que tendría que resignarme. Me apeé, preparé los puños y elegí a mi primer «amigo».

Los tres gorilas del taxi venían hacia mí. Comprendí que su intención era matarme a golpes y luego arrojarme al mar. Nada de balas. Las balas siempre son delatorias. En cambio, los destrozos que los golpes hicieran en mi cuerpo podían ser perfectamente confundidos con los que causarían las olas al arrojarme contra las rocas, fe Moví el puño derecho.

¡Szaaaaang!

Siempre he golpeado mejor cuando sabía que lo tenía todo perdido. Cuando lo único que pretendía era llevarme a unos cuantos tíos por delante antes de quedar K.O.

El individuo que recibió la primera caricia se quedó petrificado.

Por unos momentos quedó con la boca tan abierta que pareció un pez a punto de morder el anzuelo.

Le envié la segunda felicitación.

Esta fue a la mandíbula.

La boca se le cerró de repente.

Y el gorila se derrumbó mientras un chirrido de frenos a mi espalda indicaba que el otro coche acababa de marcar el fin de trayecto.

Alguien me atizó en el hígado.

Ustedes ya deben haber notado que yo tengo el hígado de cartón piedra, pero, caramba, no tanto.

Entre los whiskys que me atizo y los golpes que me atizan, resulta milagroso que el hígado no se me haya salido ya por las orejas.

De modo que empecé a doblarme.

Pero lo hice con toda la mala idea.

Al doblarme, me situé a la altura precisa para golpear la entrepierna de otro de mis enemigos. El golpe fue tan atroz que el tío se quedó con la cabeza abajo y las patas arriba. Yo fui a acariciarle de nuevo, pero ya no tuve tiempo.

Me sujetaron los brazos por detrás.

Me clavaron un rodillazo en los riñones.

Fueron a darme en la entrepierna con una cachiporra.

Pero yo moví las dos piernas a tiempo, y el buitre que iba a atizarme se llevó una ración de suela. Pegó tal brinco que entró de cabeza por una de las ventanillas del taxi.

Me golpearon en una rodilla con una barra de plomo.

Y ya no pude mover más las piernas.

Cada vez que intentaba alzarlas, era como si mis huesos adquirieran la forma del cigüeñal de un coche.

Entonces el que me tenía sujeto por detrás me obligó a girarme. Me encontré cara a cara con tres tíos a los que no podía ni escupir. Los tres movieron los brazos a la vez.

Seis puños.

Seis impactos brutales que me hicieron tener la sensación de que las muelas iban a salirme despedidas por encima de las cejas.

Mi boca se llenó de sangre.

Pero no cedí.

A pesar de que lo que me dolían las piernas, pude moverlas otra vez. Alcé la izquierda tanto que le di en el centro de la mandíbula a uno de mis enemigos.

Este ese desplomó hacia atrás, mientras parecía escupir un pedazo de su propia lengua.

Pero me atizaron a continuación en el estómago.

Y en el vientre.

Fue un golpe bajo de esos que pueden provocar una peritonitis a un elefante.

Me encogí, sintiendo que me ahogaba. El dolor era tan insoportable que las lágrimas asomaron a mis ojos. Entonces oí la voz de Jessica.

—Dejadle.

Me dejaron.

Caí de rodillas porque materialmente no podía tenerme en pie. Creo que era la primera vez que yo caí de rodillas ante una mujer.

Pero les aseguro que valía la pena.

A Jessica se le había abierto otra vez la «maxi». Y vi sus piernas.

Sus botas.

Sus medias.

Su... su látigo.

Porque la muy maldita lo llevaba ahora de nuevo.

Me miró con desprecio y farfulló:

—¡Dejadlo!...

Eso de «dejadlo» quería decir que me mantuvieran bien a su alcance. Movié el látigo y me dio de lleno. Yo me estremecí, ahogando un grito de dolor.

Lo movió otra vez.

Pegaba bien, la condenada.

Después del tercer golpe empecé a perder el mundo de vista.

No era por los latigazos, sino por lo que había recibido antes.

Mis ropas eran ligeras y se deshacían. La tira de cuero del látigo llegaba hasta mi piel y la hacía sangrar.

Miré a Jessica.

Babeaba de placer.

Le gustaba tratarme como al perro al que hubiese matado a golpes de no ser por mi llegada.

Intenté cubrirme la cara, y recibí los golpes en los dedos. Estos empezaron también a sangrar.

Moví entonces la pierna y di a Jessica detrás de la rodilla. Fue una lástima porque a mí me hubiera gustado darle con las dos manos y no con el pie. Lo cierto, sin embargo, fue que la hice caer.

Casi encima mío.

Y es aquello que dicen: «Genio y figura hasta la sepultura.»

Mascullé:

—¡Tía estupenda!

Ella se puso a gemir de rabia, porque lo había conseguido todo menos humillarme, menos verme arrastrado a sus pies pidiendo perdón. Fue a golpearme con sus botas, pero uno de los gorilas se lo impidió.

—¡Basta! ¡Hay que acabar con él! Podría llegar otro coche por la carretera.

Exacto. La carretera no era precisamente propiedad de Philip Macomby. Podía llegar alguien.

Entonces me golpearon brutalmente en la cabeza con las culatas de las pistolas. Sentí que la sangre resbalaba por mi rostro y perdí el sentido. Lo último que pensé fue que me arrojarían vivo al agua, aunque lo bastante destrozado para que no me defendiese contra los embates de las olas.

Era indispensable que estuviese vivo porque así tragaría agua, aunque fuera sin darme cuenta. Y el resultado de la autopsia sería: ahogado. Mientras que si me enviaban muerto, aparecería con los pulmones y el estómago secos. En ese caso el resultado de la autopsia sería: Muerto a palos y luego puesto en remojo.

Sí, todas esas cosas pensé en los breves segundos que tardé en perder el conocimiento.

Que les convenía echarme vivo al agua.

De todos modos el resultado iba a ser el mismo.

Ni siquiera me di cuenta cuando me hundí en las frías aguas del océano. Tuve la sensación de que flotaba en el aire, cuando en realidad estaba flotando en un líquido movedizo que me llevaba de un lado para otro. Pensé confusamente: «Esta vez te han dado. Has sido un idiota, muchacho... Un idiota... Un idiota... Un idiota...»

Mi cerebro era un disco rayado.

Por mi vida no podía darse ya ni medio níquel.

Y de pronto me pareció tocar algo.

¿Los angelitos?

No, hombre, no.

Por muy misericordioso que Dios sea, un tipo como yo tiene que esperar bastante hasta que los angelitos le echen una mano.

De todas maneras algo suave y firme estaba tirando de mí. Hice

un esfuerzo desesperado para subir, pero eso acabó con mis débiles fuerzas.

Era el fin.

¿Ya que no saben de quién me acordé en el último momento?  
¿De Jessica y sus piernas? ¿De Laureen y sus ojos?

No. Resulta que me acordé de la cara de Bisbee.

Lo cual, aun tratándose de un perro como yo, era, francamente, un final que no me merecía.

## Capítulo IX

## PUES SÍ: LOS ANGELITOS

RECOBRÉ el sentido.

¿Se dan ustedes cuenta, compañeros?

¡Recobré el sentido!

¡Volví a la vida cuando ya creí que estaba con Bisbee en las calderas de Pedro Botero!

Claro que esa sensación de «volver a la vida» fue muy confusa y casi dolorosa.

Alguien me apretaba el pecho.

Me hacía daño.

Intenté sacudirme aquellas manos de encima y no pude. Ni para eso tenía fuerzas.

Al fin, cuando la sangre volvió a mi cerebro y reaccioné un poco, me di cuenta de que estaba fuera del agua..., ¡y de que alguien me hacía la respiración artificial!

Traté de reunir mis energías y abrí los ojos.

Era Lauren.

Su presencia me causó tanta alegría y también tanta sorpresa como si me hubiera visto rodeado por un coro celestial de ángeles.

Ella balbució:

—Quieto. Quieto... No te muevas...

No me moví. ¡Se estaba tan bien, viéndola así de cerca...!

Poco a poco fui sintiéndome mejor y pude respirar normalmente. Aun así, permanecí en silencio un largo rato, tendido en la arena, hasta que al final pude preguntar:

—¿Dónde está toda aquella pandilla?

—Se fueron.

—Entonces he tenido que permanecer bastante rato en el fondo del agua.

—Bastante. No comprendo ni cómo estás vivo.

Miré hacia un lado.

A la derecha, a unas cien yardas, estaba el acantilado desde el que me habían lanzado al agua. Pero las olas y el esfuerzo de Laureen me habían arrojado a la suave playa donde descansaba ahora. Sin duda, al no verme reaparecer, toda aquella pandilla de buitres debió pensar que ya estaba listo.

—Laureen...

—¿Qué?

—¿Cómo has podido seguirme?

—Me di cuenta de que el senador reunía a unos cuantos hombres y temí lo peor. Entonces seguí a los coches, pero no por la carretera, ya que me hubieran visto. En la casa hay un par de excelentes motocicletas de motocross. Tomé la más potente y gané terreno a través de los campos, llegando a tiempo de ver cómo te arrojaban al agua.

—Entonces ya sabes que Macomby es un cerdo...

—Llevo cinco meses en su casa y he tenido ocasión de conocerlo. Claro que lo sé.

—En ese caso, ¿por qué sigues con él?

—Por Mary. Su pobre hija es un ángel. Le he tomado tanto cariño que ahora ya no puedo abandonarla. Si yo me fuera, la única mujer con la que trataría sería Jessica. ¿Te imaginas?... Aquello sería peor que el infierno. Yo creo que la pobre terminaría entonces por volverse loca.

—Me doy cuenta, Laureen. En tu caso yo tampoco la abandonaría.

—Esa es la razón de que aguante —dijo Laureen a media voz—. Claro que no sé cuánto tiempo va a ser eso posible. Después de las escenas de hoy, no podré resistirlo.

—Quizá yo pueda ayudarte. Tal vez con un poco de suerte logre meter a Macomby entre rejas para toda su vida. Eso sería posible si tú me ayudaras a mí, Laureen.

—¿De qué manera?

No le contesté, sino que añadí otra pregunta:

—¿Tú has podido ver qué visitas recibía últimamente?

—Macomby recibe a muchas personas. Es imposible recordarlas a todas.

—¿Le han traído alguna caja grande y que pesara bastante?  
¿Una caja que podía ser de plomo?

Aguardé expectante su respuesta, porque de ella podían derivarse muchas cosas.

Ella vaciló mientras hacía memoria.

—Sí —dijo al fin—. Ahora que lo mencionas, recuerdo un suceso que me llamó la atención. Tres hombres llegaron en una furgoneta. No tenían un aspecto vulgar, sino que parecían técnicos. Recuerdo que iban bien vestidos y daban la sensación de saber muy bien lo que llevaban entre manos. De la furgoneta descendieron una caja cuadrada que debía pesar mucho. La transportaron en una especie de camilla de metal hasta la biblioteca de Macomby.

Tragué saliva.

Ya estaba.

Sólo con aquello ya tenía la prueba evidente de que era Macomby el pájaro al que estaba necesitando cazar.

—¿Es que lo que vi tiene importancia? —musitó Laureen con voz insegura.

—Más de la que crees. La caja que viste tenía que ser de gruesas paredes de plomo. Eran necesarias para eliminar los peligros de la radiactividad.

—¿La radiactividad? ¿Pero qué demonios iba dentro?

—Un artefacto atómico.

Palideció de tal modo que por unos momentos pensé que iba a ocurrirle algo. Se llevó las manos a la boca y estuvo unos instantes así, como conteniendo la respiración. Al fin me miró de tal modo que pensé que no me había creído.

—Eso es absurdo —dijo—. ¿Una bomba atómica dentro de una casa?

—No creas que abulta tanto. Ahora las hay de todos los tamaños. Lo que tú viste realmente era la envoltura.

—Pero... ¿y qué habrá sucedido al sacarla de la caja? ¿O qué sucederá cuando la saque?

—Lo ha debido hacer ya.

—No te entiendo...

—Para entenderme tendrías que conocer toda la historia —dije, mientras me incorporaba un poco—. Pero quizá te baste con saber que en estos momentos Macomby tiene su petardo nuclear metido

en un recipiente de muy pequeño tamaño y que elimina la radiactividad totalmente. Ese recipiente, que además apenas debe tener peso, lo inventó un tal profesor Rundstedt, que ahora ya está haciendo solitarios en el valle de Josafat. Lo que no sé es cómo piensa meter el petardo en la Casa Blanca o en cualquier otro lugar donde esté el presidente Nixon.

Lauren volvió a llevarse los dedos a la boca.

Estaba sinceramente asustada.

Temí haber hablado demasiado y mascullé:

—No sigas más junto a mí, Laureen. Es peligroso. Si esos buitres te vieran acabarían contigo.

—¿Qué vas a hacer? ¿No avisarás a la policía?

—Desgraciadamente no puedo. No me interesa Macomby, sino la bomba nuclear que tiene en su poder. Detenerle a él y no conseguir el explosivo, sería no hacer nada. Mientras esa carga atómica continúe en poder de alguno de sus hombres, el peligro subsiste.

—Entonces, ¿qué debemos hacer?

—Hay una sola cosa que me favorece —musitó— y es que me creen muerto. La verdad es que no podía soñar en estos momentos una combinación mejor para mí. Por lo tanto vuelve como si nada hubiera ocurrido y déjame actuar. Yo no estaré lejos de vosotros.

—De acuerdo, pero..., pero ten cuidado. La casa siempre está rodeada de hombres armados, sobre todo por la noche. No te acerques a ella sin tomar precauciones.

Yo le prometí que sí.

E hice algo más.

Le di un cachetito en la mejilla.

Y otro cachetito en la cadera.

Y otro cachetito en...

Vamos, que me estaba poniendo otra vez en forma.

Ella me dio un cachetazo.

En el sitio que tenía más cerca. En las narices.

—¡Vete al diablo! —dijo—. ¡Para hacer esto no tenía necesidad de haberte sacado del agua!

—Claro que no, nena. Hasta en el fondo del mar podíamos haberlo pasado en grande.

Me arreó un puntapié.

Menos mal que pude apartarme a tiempo.

Cuando ella se fue en su moto, tan ágil como un caballo bravo, yo quedé la mar de desanimado, la verdad.

Y es que a las mujeres no hay quien las entienda. Corren la mar de peligros para salvarle la vida a uno. Y cuándo uno empieza a demostrarles que está la mar de vivo...

En fin, vamos a dejarlo.

# Capítulo X

# CABALGANDO POR LAS ESTRELLAS

**D**URANTE dos días tuve que dedicarme a una labor paciente y tesonera, a una labor de observación que era justamente la que a mí no me gustaba hacer.

Yo soy un hombre de acción.

Un hombre de meter mano.

(Donde sea).

Pero eso de estar escondido y quieto observando una casa con unos prismáticos, era más de lo que podía soportar.

Naturalmente que los prismáticos, ropas nuevas y alimentos me los había proporcionado alguien.

Todo esto requiere una breve explicación.

Verán.

En Savannah me habían designado un enlace, un bigotudo agente del servicio secreto que se llamaba Porter. Pues bien, Porter, en cuanto le fui a ver me dio varias cosas: ropa limpia, dinero, unos prismáticos, un rifle de precisión con culata plegable y una orden. La orden era: «¡lálala, cerdo! ¡Largo de aquí!»

De modo que me largué y me situé en un pequeño hoyo abierto en lo alto de una colina, como si fuese un centinela durante la guerra. Nunca he pasado tantas horas metido en un sitio como las que pasé en aquel maldito agujero. Observé los movimientos de la casa, las idas y venidas, sin que nadie lo supiera.

Y entonces noté algo especial que me llenó de preocupación. Noté que algo tenía que ir mal en la salud de la pequeña Mary.

El doctor Evans entraba y salía continuamente.

Incluso me pareció que tenía que hacer consulta de médicos, porque una de las veces entró con dos individuos más que también llevaban maletines negros.

Estuvieron dentro casi dos horas.

Yo me moría de impaciencia, en parte porque ya estaba harto de aquel condenado hoyo, y en parte porque imaginaba que las cosas para la pequeña Mary debían ir muy mal. Seguramente había empeorado su estado y Evans hacía lo imposible por salvarla.

Al fin vi por los prismáticos algo que no hizo sino acrecentar mis preocupaciones.

Llegó una ambulancia ante la casa.

Y de ella sacaron a la pequeña.

La llevaban en brazos.

Vi que Laureen iba tras ella, llorando, pero a Laureen no la dejaron entrar. La ambulancia se largó de repente, llevando en su interior a Mary, a su padre el senador Macomby, y al doctor Evans.

No sé por qué sentí tanta tristeza.

En realidad Mary no debía importarme nada.

Pero uno también tiene su corazoncito, qué caramba.

Uno también es capaz de conmoverse ante el sufrimiento o la muerte de una niña.

Y yo soy uno de esos, aunque no lo parezca.

En aquel momento alguien se acercó a mí por detrás.

Se movía como una serpiente.

Me volví con el rifle preparado y vi que era el zángano de Porter. Seguro que Porter venía a divertirse viendo lo que hacía yo allí, mientras él, en la ciudad, se hartaba de largarle pellizcos a su secretaria.

—¿Qué pasa? ¿Quién es aquella chica que parece que está llorando en la puerta de la casa?

—Es Laureen.

—Ah, ya la conozco. La maestra de Mary. ¿Pero qué cuerno le pasa?

—Pues que el doctor Evans se ha llevado a Mary en una ambulancia. Seguro que la pequeña debe encontrarse muy mal. Quizá su estado sea desesperado.

Porter no se conmovió ni poco ni mucho.

Porter era más buitre que yo.

—Yo en tu lugar no pensaría demasiado en eso —me dijo—. Quizá aquí estás perdiendo el tiempo.

—¿Por qué?

—Mientras tú vigilas a ese pájaro, quizá el presidente corra peligro de verdad. Mucho peligro.

—No sé de qué me hablas. Ese tío, Philip Macomby, es el que tiene el artefacto atómico. Estoy seguro.

—¿Pero cómo va a introducirlo en la Casa Blanca? —farfulló Porter—. Desde hace unos días, hasta las moscas que entran por las ventanas tienen que someterse a los detectores de radiactividad.

—No sé si lo captarían. Aunque lo más fácil es que provoquen la explosión cuando el presidente se encuentre fuera de su residencia.

—A eso iba —dijo Porter—. El servicio secreto, y en especial Bisbee, le pidieron que de momento no saliese de la Casa Blanca bajo ningún pretexto. Y él ha accedido a ese deseo, pero mañana no tendrá más remedio que salir. Se celebra una cena y luego un concierto en honor del canciller Brandt, que como sabes se encuentra en viaje oficial por Washington. ¿O quizá no lo sabías? ¿Quizá no te enteras de nada?

Tendido en el suelo como estaba, me largó un periódico que llevaba doblado en el bolsillo, pero yo ni lo miré.

—De acuerdo —dije—. Ya estaba enterado de que Brandt vendría a Estados Unidos. ¿Y dónde celebran el concierto?

—En una sala especial del Congreso que han habilitado para ese fin. Asistirán miembros del gabinete presidencial y numerosas personalidades. Lo que se llama «un pleno», vamos.

Asentí con gesto preocupado.

Era una ocasión excelente para hacer estallar un artefacto nuclear, deshaciendo en fracciones de segundo todo vestigio de autoridad en Estados Unidos. Era una situación ideal para que se produjese lo que Macomby y los hombres como él habían estado soñando durante tanto tiempo.

—Supongo que los hombres que adecentan la sala estarán vigilados hasta cuando se rascan las orejas —musité.

—Te aseguro que hasta los alfileres que entran allí pasan por un contador Geyger. Ellos no pueden entrar la bomba.

—¿Y el público?

—Será todo de absoluta confianza.

—¿Pero lo someterán también a control?

—A un control absoluto. Sin que lo noten, claro, Pero pasarán por más contadores Geyger que si Mao Tse Tung se presentara con

una maleta cerrada en el Capitolio.

Hice de nuevo un gesto de preocupación.

—Gracias al sistema de aislamiento que inventó Rundstedt, no creo que se capte la radiactividad, Porter.

—Lo mismo que dices tú se lo he dicho a Bisbee por teléfono, cuando me daba detalles. Y él me ha explicado que la radiactividad puede no notarse, pero el bulto sí.

—¿Qué bulto?

—El que haría la bomba dentro de su envoltura. Como mínimo un paquete de cigarrillos. Un paquete que puede ser redondo, cilíndrico, oblongo, cuadrado... Eso es lo que no sé. Pero tiene que hacer un bulto, y eso es lo que captarán algunas máquinas especiales situadas en las entradas. Mediante unas ondas de radio se obtiene un relieve de las personas, como mediante el radar se obtiene un relieve de los aviones o los barcos. Otras ondas nos indicarán si existe alguna sustancia plástica endurecida o vitrificada, como por fuerza tiene que ser el «estuche» de esa bomba. En caso de sospecha registrarán a quien sea, pero no creo que sea necesario.

—¿Por qué no lo crees?

Porter rio silenciosamente.

—Amigo —preguntó—, ¿llevarías tú en el bolsillo una bomba atómica que sabes que va a estallar?

—Pues...

—No, muchacho, nadie se suicida de ese modo. No lo haría ni un idealista de los que flotan por las nubes. Mucho menos lo hará uno de esos pájaros que sólo piensan en el poder y el dinero. Y entre ellos menos aún los que asistirán al concierto. Todos son altos políticos, altos empleados y recontramillonarios que tienen mucho que perder.

—Ya me doy cuenta, claro —dije confusamente, sin saber en realidad, qué pensar.

—La bomba no estará dentro, muchacho.

—Pues entonces en algún automóvil...

—Tampoco el que la hubiera dejado allí se salvaría. Pero, por si acaso, Bisbee ha ordenado que los automóviles, una vez descargado su personal, vayan a aparcar a una milla de distancia.

—Entonces todo parece correcto...

—Lo es —remachó Porter—. De todos modos creo que tu verdadero trabajo está allí, en Washington, en lugar de aquí. Ya no va a ocurrir nada. El mismo Macomby se ha ido.

—Lo comprendo, Porter. No vale la pena que continúe aquí.

—Pues lárgate. Ya has hecho bastante.

Comprendí que tenía razón.

Yo perdía allí el tiempo, puesto que Macomby se había ido. Aunque, la verdad, tampoco me entraba en la cabeza cómo iban a poder matar al presidente en Washington.

Era verdad lo que decía Porter.

¿Quién lleva en el bolsillo una pequeñísima bomba nuclear, sabiendo que va a hacer «pum»?

Nadie se suicida de ese horrible modo.

Claro que bastantes idealistas se han ido al diablo por procedimientos tan horribles como ése. O gente medio drogada. Pero los que asistirían al concierto especial en el Capitolio eran gente demasiado alta para estar drogada. Y demasiado rica para no haber ido dejando en el camino todos sus ideales.

Suspiré con alivio.

Bueno, el presidente estaba seguro.

Y yo nada hacía allí.

Porter me tiró de la manga.

—Yo voy a irme, amigo. Si quieres acompañarme, tengo el coche ahí abajo, en la carretera. Nadie nos ha visto.

—Te acompañaré más tarde, Porter. Antes quiero atender a una cuestión digamos «de principios».

—¿Pero tú tienes principios, Harry? ¿Desde cuándo?

—Tócame las narices, Porter. Con tus prismáticos puedes ver a aquella chica que está llorando junto a la puerta.

—Sí. La maestra.

—Quiero despedirme de ella. Y consolarla.

—Vaya... «consolarla».

—Eres un cerdo, Porter.

—Tú me ganas.

—Por una maldita vez que soy desinteresado...

Hice un gesto de hastío, le entregué los prismáticos y el rifle y me alejé. Esta vez no tomé ninguna clase de precauciones. Descendí la colina de forma que me viera todo el mundo.

Laureen alzó la cabeza al oír mis pisadas.

Tenía los ojos anegados en llanto.

Su boca se había torcido en una mueca de sincero dolor, una mueca patética que yo no podía ni imaginar en una boca tan tentadora, hecha para todas las travesuras del amor.

De una forma impulsiva se levantó.

De una forma impulsiva vino hacia mí.

Y de una forma más impulsiva aún se arrojó en mis brazos.

Yo la recibí en ellos, claro.

Cariñoso que es uno.

Y para que la chica se sintiese acompañada, hice aquello del «catch»: «Agarra por donde puedas.»

Laureen susurró:

—Se han llevado a Mary...

—¿Es que está peor?

—No lo sé. Yo creo que no. Pero esas cosas engañan. El doctor Evans ha dicho que había que operarla con urgencia.

—¿De qué?

—No lo sé... ¡Dios santo, a mí nadie me dice nada! Como si yo no tuviera sentimientos. ¡Como si yo no quisiese a la pequeña...! Claro que todos parecían muy nerviosos. Tal vez me han dejado sola aquí sin darse cuenta.

—Es muy posible, Laureen. Pero no debes quedarte en esta casa. Yo te llevaré conmigo.

—¿Adonde?

—A un sitio donde estés segura.

La besé en la boca. Ni pude ni quise resistir. Besé con ansia aquella boca suave, joven, jugosa, fresca...

Pero fue un beso que duró menos de diez segundos.

Diez segundos deliciosos.

En el segundo número once, las cosas empezaron a cambiar.

Oí los motores de los dos jeeps, uno al este y otro al oeste. No debía tratarse de policías, sino de todo lo contrario. Algo me dijo que aquello era una maldita encerrona.

Laureen susurró:

—Dios santo...

Yo dije algo menos piadoso.

Los jeeps estaban allí, en efecto, y traían tres hombres cada uno.

Tres hombres armados con rifles y que iban a atacarme por dos lados a la vez.

Estaba perdido.

Yo no llevaba ni un miserable cortaplumas para afilarme las uñas.

¿Qué cuerno recomendaba Bisbee, mi amado jefe, para aquellas ocasiones?

Pues Bisbee, mi amado jefe, tenía un solo consejo: «¡Cuando estés perdido, dales tomate, muchacho!»

Muy bien: «Dales tomate». ¿Y con qué?

Me di cuenta de que iban a liquidarnos a los dos. De qué matarían también a Laureen. Realmente no podían dejarla viva después de ver ella cómo me cosían a mí a balazos.

Y yo no tenía escapatoria.

No la tenía o... ¿O sí?...

Apreté los labios con una mueca de decisión. Ya que tenía que defender mi vida y la de Laureen, actuaría como un loco. Era una situación límite en la que ninguna regla valía. De modo que hice tres cosas:

Primera, pegar un cachetito a cierta parte muy sugestiva de la anatomía de Laureen. Cuando uno va a palmarla, al menos que le dejen despedirse a gusto de la vida, qué cuerno.

Segunda, darle un empujón para hacerla entrar en la casa. Así la salvaba al menos de las primeras ráfagas de balas.

Tercera, correr como un condenado.

Pero yo no corría al azar, sino hacia un sitio muy concreto. Corría hacia el sitio donde estaban las máquinas de motocross. Entré de cabeza en el recinto mientras me perseguía la primera ráfaga de balas, y monté en la más poderosa, poniéndola rabiosamente en marcha.

Mientras tanto los dos jeeps ya estaban junto a la casa. Me acorralaban completamente.

Y yo no lo pensé. ¡Qué cuerno voy a pensarlo!...

Salí por la puerta a la máxima velocidad. Los del jeep de la izquierda dispararon, pero no esperaban verme salir de aquel modo. Y menos cuando las ruedas se introdujeron en una hondonada, desaparecí, volví a salir tomando impulso y luego... ¡salté por encima de un árbol!

No, yo no soy un experto en motocross. Precisamente por ello saltaba de aquella manera. Sólo un loco lo hubiera hecho. Sólo un bestia hubiera lanzado su máquina así, a lo que salga.

Mis seis enemigos disparaban todos a la vez, pero era como el que trata de cazar un moscardón. Sus balas se cruzaban inútilmente en el aire. Yo oía los disparos y también las maldiciones mientras la voz paternal de Bisbee parecía gritar en mi interior: «¡Tomate! ¡Tomate! ¡Tomate!»

Giré la moto de repente.

Rodé con la máquina, a punto de romperme las piernas, pero la enderecé y rodé a toda velocidad hacia las caballerizas, por un terreno liso.

Ra ta ta tat...

Allí estaban los cazadores y allí estaba yo, la liebre. Me acosaban por todas partes. Una bala se llevó el faro de la moto, y otra atravesó el guardabarros trasero. Pero yo entré en la cuadra como una exhalación por el lado derecho, y también como una exhalación salí por la ventana del lado izquierdo.

Las balas me siguieron.

Pero mis enemigos estaban desorientados. Me veían y no me veían. Los dos jeeps giraron uno por cada lado, tratando de acorralarme de nuevo.

El paisaje desfilaba ante mis ojos vertiginosamente.

Daba todo el gas.

Brincaba por todas partes y daba de repente saltos que me ponían la carne de gallina.

¿Qué hubiera hecho el ilustre Bisbee en mi caso?

Pues el ilustre Bisbee sólo hubiera hecho una cosa: ¡Matarse!

Y de pronto supe que yo iba a hacer lo mismo. Que iba a convertirme en picadillo.

¡Volaba hacia la piscina!

¡Iba a hundirme en ella y entonces me acribillarían desde todas partes!

Mi rueda posterior tropezó con algo. ¡Un desnivel!

¡Y salté de nuevo! ¡Di el salto más fabuloso de mi vida! ¡La piscina desfiló ante mis ojos mientras yo pasaba sobre ella!

Bang bang bang bang...

Ahora me disparaban con una ametralladora más pesada, pero

de balas más contundentes y macizas. Tiraban desde una de las ventanas del primer piso. No vi quién lo hacía, pero las ramas junto a las cuales pasaba, parecieron segadas por una hoz gigantesca. La moto rebrincó de nuevo.

Llevaba la marca «Honda» en la parte posterior del sillín. Bueno, pues un segundo después ya no la llevó. Una bala la había arrancado. Y si no me arrancó también la columna vertebral fue debido a los saltos enloquecidos de la máquina.

No, con aquello yo no hubiese ganado un motocross. Me hubieran descalificado por aterrizar en la mesa del jurado. Pero por el momento permanecía inmune a las balas de mis enemigos, que no sabían ni por dónde perseguirme.

Claro que aquello no podía durar mucho.

Me acribillarían. Me convertirían en el tomate que deseaba Bisbee.

Vi que ascendía vertiginosamente por una colina.

El paisaje desfilaba ante mis ojos como en una pesadilla. No podía ni ver. Era una especie de, vértigo.

Noté que volaba de nuevo.

Había saltado como un loco al remontar la colina y encontrar de pronto un pequeño talud que me había servido de palanca. Vi que la casa se acercaba a mis ojos... Que se acercaba... Se acercaba...

Tuve la habilidad de desviar la máquina en el aire, cuando iba a chocar con la fachada. Sentí de repente que mil espinas se clavaban en mi cara y que ésta se llenaba de sangre.

¡Blaaaam!

Acababa de romper una de las ventanas del primer piso, entrando por ella. La parte frontal de la máquina chocó contra alguien que estaba apostado allí. Oí sus dos últimos disparos.

Bang, bang...

La máquina se estrelló definitivamente contra una pared, que se cuarteó, y yo me estrellé contra un espejo. No sé si yo también me cuarteé, pero la verdad era que, en todo caso, poco me faltaba. Quedé sentado en tierra mientras miraba como alucinado lo que había ante mí.

Y lo que había ante mí era seductor.

Y terrible al mismo tiempo.

Jessica contorsionada en el suelo, junto a la ventana.

Sus fabulosas piernas.

Su cara de diosa perversa.

Su boca hecha para el amor.

Y su metralleta pesada, con la cual había tratado de convertirme en papilla apenas un minuto atrás.

Me di cuenta —y confieso que sin la menor alegría— de que estaba muerta. El golpe brutal sufrido con la parte delantera de la «Honda» había sido definitivo, porque lo recibió de lleno en la cabeza. Su hermosa cara parecía partida en dos. Y toda ella se iba llenando con el rictus espantoso de la muerte.

Pero no pude ocuparme de ella.

Si me distraía un solo segundo, pronto le haría compañía en el Más Allá. Y ya saben ustedes que yo soy un cerdo muy acreditado, por lo cual nunca me ha importado hacer compañía a una chica como Jessica. Pero no en el Más Allá, sino en el Más Acá.

Tomé la metralleta y asomé por la ventana. Los dos jeeps se habían reunido ante la puerta y sus seis ocupantes se disponían a entrar. Consideraron que me tenían acorralado. Pero ninguno de ellos soñó siquiera que yo iba a aparecer por allí.

La metralleta se puso a cantar en mis manos.

La suya era una canción mortífera, siniestra, abyecta. Era una canción que me repugnaba y al mismo tiempo me llenaba de un satánico placer. La canción que me iba a permitir salvar la piel. La que enviaba al diablo a mis enemigos. ¡La que repartía «tomate»!

Todo duró solamente unos segundos, pero a mí me pareció algo interminable. Me pareció que llevaba disparando desde toda la eternidad. Vi caer como peleles a los seis asesinos reunidos ante la casa, ninguno de los cuales esperaba aquello. Sólo uno de ellos logró disparar también. Sólo uno de ellos me envió una bala, pero demasiado alta...

Cuando todo terminó, sentí que las fuerzas me fallaban de repente. Dejé caer la metralleta al suelo.

No fui capaz de mirar el cadáver de Jessica.

Pero sí que miré la moto. No quedaban de ella ni los tornillos.

Menos mal que un ricachón como Macomby debía tenerla asegurada contra todo riesgo.

# Capítulo XI

## SALUDOS AL PRESIDENTE

**B**ISBEE me había dicho:

—¡Has matado a una enormidad de gente y no has conseguido nada! ¡Has liquidado a más tíos que los rusos en la batalla de Berlín y no sabes aún quién tratará de matar al presidente! ¡Eres un inútil, un cerdo, un caimán! ¡Eres una cotorra! ¡Y además has medio deshecho la casa de Macomby! ¡Si sale libre nos hará pagar los destrozos!

Yo me puse un cigarrillo entre los labios, aunque sentía la boca espesa y amarga.

—¿Usted cree que Macomby saldrá, Bisbee? ¿Usted cree que él y todos sus amigos, detenidos y acusados oficialmente, lograrán algún día escapar de entre las rejas?

Bisbee había dudado.

—No estoy seguro de nada. Con esos políticos profesionales nunca se sabe. La verdad es que necesitamos pruebas más concluyentes. No basta con que hayan tratado de matarte a ti. A lo mejor el fiscal del distrito considera eso como un mérito y le impone a Macomby la medalla del Congreso.

La verdad era que aquellas palabras me habían dejado pensativo, casi asustado.

Era verdad lo que decía Bisbee. Los políticos profesionales, como Macomby y Bogarty siempre tienen un agarradero para disculparse. Uno no sabe bien cómo, pero siempre consiguen sobrenadar. Lo ocurrido en casa de Macomby, y que había acarreado su detención provisional, podía no ser concluyente contra él, pues siempre le cabía el recurso de achacarlo a personas desconocidas. Y entonces todo mi esfuerzo no habría servido para nada. Entonces el peligro, la muerte, el horror de aquellos días habrían sido inútiles...

Sólo una cosa consoladora había llegado hasta mí.

La voz de Laureen, que me llamaba por teléfono desde el mismo Washington.

—Sí, Harry, a mí también me dejaron libre después de declarar... Y he venido a Washington porque sabía que te encontraría a ti... Pero no, esta noche no puedo verte aún, Harry Killer. Es que ha ocurrido algo... Bueno, no puedes imaginarte lo contenta que estoy. Me han devuelto a Mary, ¿sabes? Y la pequeña se encuentra bien... Sí, sí... Evans me ha dicho que lo que sufría no era nada. Exacto, el mismo doctor Evans me lo ha dicho... En cuanto a su padre, el senador Macomby, como está detenido, me ha pedido un favor. Dice que él tenía dos invitaciones para el concierto de esta noche en honor del canciller Willy Brandt. Pero no va a ir, claro... ¡Lo han metido entre rejas! En cambio le gustaría mucho que fuese la pequeña Mary. Ella jamás ha visto al presidente Nixon, y así podrá verlo de cerca. Yo la acompañaré. No, claro, no puedo negarme... Pese a todo, aún soy la institutriz de la pequeña. Y no me quites el placer de estar unas horas con ella. ¡Lo he deseado tanto!... Pero nos veremos luego, Harry. Esta misma noche incluso, en el concierto, podemos vemos. Supongo que te enviarán a ti para vigilar...

Era cierto, me enviaban a mí para vigilar. Pese a todo lo que Bisbee decía contra mí, seguían teniendo confianza en la agilidad y en la fuerza persuasiva de mis puños. Por eso aquella noche yo estaba en una de las galerías altas del Congreso, ante el público más distinguido y más bestia que había visto jamás. Digo distinguido y bestia al mismo tiempo porque las tres cuartas partes de los asistentes eran altas personalidades del mundo de la política, los negocios, la cultura, el periodismo y el Pentágono. Pero la otra cuarta parte estaba compuesta por polizontes que llevaban muy a disgusto el smoking y que sólo esperaban una señal para liarse a puñetazos con quien fuese.

Yo miraba desde la parte superior a todo aquel público heterogéneo, a aquel llamado «alto mundo» que con sólo un «Claaaask» atómico podía quedar volatizado en cosa de segundos, dejando al país vacío y sin ningún vestigio de poder, para que cualquier asesino ambicioso se hiciera con él. Hombres como Macomby, hombres como Bogarty...

¿Pero por qué pensaba en eso? Qué diablos, me estaba volviendo aprensivo e idiota. Ahora Nixon ya no corría ningún peligro. Todo había sido cuidadosamente revisado, controlado, medido. Allí no pasaba nada. ¿De qué cuernos tenía yo miedo?...

Laureen me hizo una seña desde las butacas. Era una seña esperanzada, alegre. Y Mary también trató de saludarme, pero su sonrisa era crispada, penosa.

Era la sonrisa de una niña que sufre.

¿Pero por qué? ¿Es que no se encontraba bien? ¿No había dicho Evans que no le pasaba nada?

De todos modos la pequeña estaba encogida, con las manos crispadas sobre su estómago.

Sin duda le dolía. Noté incluso que Laureen se inclinaba un par de veces sobre ella, cuchicheándole algo al oído, mientras empezaba al concierto.

No tenía importancia. Quizá a la pequeña le había sentado mal la cena. Eso es muy normal.

Pero no pude por menos que mirarla un par de veces más, mientras la orquesta atacaba la Pastoral de Beethoven, en honor a Willy Brandt.

La chica se encogía más y más.

Parecía sufrir mucho.

Hasta Laureen hizo un gesto apurado, como si fuera a sacarla de la sala, pero no se atrevió porque eso es imperdonable en un concierto, y más en uno de esa clase. Mary aguantó. Pero yo la veía cada vez más crispada, más pálida.

Seguí mirando hacia el público.

Nada sospechoso. La cosa iba deslizándose normalmente mientras aquella melodía lenta y suave llenaba el espacio.

Vi al doctor Evans.

Evans estaba en una de las galerías superiores, casi enfrente de mí. En un sitio muy discreto.

De pronto miró su reloj, se levantó e hizo gesto de irse. A él no le veía casi nadie, y por eso sin duda había elegido aquel lugar. No estaba en un puesto muy visible, casi contiguo al de Nixon, como el que ocupaban Laureen y la pequeña.

Yo di media vuelta.

Las notas de música entraban en mi cerebro como un bálsamo.

Por fin me daban un poco de paz. Un poco de paz...

Y de pronto hasta aquello se rompió. De pronto sentí el ramalazo del horror, de la destrucción, de la muerte.

De pronto LO ENTENDÍ.

Vi ante mis ojos toda aquella monstruosidad abyecta.

Todo aquel lago negro, lleno de viscosidades. Todo aquel horror que superaba la capacidad de comprensión humana.

El doctor Evans había tenido a la pequeña en sus manos.

Había dispuesto de ella durante bastantes horas, con la colaboración del cerdo de Macomby.

¡Eso era!

¡Eso tenía que ser!

Mediante un sencillo sistema de anestesia, y tras la preparación que Evans había hecho a la pequeña en la finca de su padre, lo había podido introducir en el estómago, a través del esófago, un par de pequeños cilindros, absolutamente indigeribles, hechos con el material aislante y antirradiactivo de Rundstedt. Y en aquellos cilindros... ¡estaba la carga nuclear! ¡Una carga pequeña, pero capaz de enviar al infierno a todo el Gobierno de Estados Unidos! ¡Una carga que podía estallar en cualquier momento dentro del cuerpo de Mary! ¡Por medio de ondas de radio o por medio de una reacción química perfectamente calculada! ¡Pero en todo caso tenía que ser pronto! ¡Evans ya se iba...!

¡Ahora me explicaba la lividez de Mary! ¡Sus contracciones, su dolor...!

¡Por eso el monstruo de su padre le había pedido que acudiera! ¡Nadie podría culparle luego! ¡Porque nadie sabría de dónde había brotado aquella explosión horrisona!

Todo mi cuerpo se estremeció.

Sentí un dolor, un odio que no había sentido nunca.

Y también una náusea.

Un asco atroz por mil cosas de este mundo.

Pero tenía que vivir en él y, sobre todo tenía que salvar a Mary y a Laureen. Confieso que en ese momento no pensé en el país ni en el presidente Nixon. Pensé en un hogar muy bonito donde estaría Mary y donde Laureen saldría a recibirme a la puerta, con una bata que se le abriría por los costados, enseñando..., ¡ejem!..., enseñando... En fin, ya lo ven. Cerdo que es uno.

No sé ni cómo lo hice.

Pero de pronto me encontré volando a través de la sala, dejándome caer desde el piso superior. Exponiéndome a una bala de los otros polizontes, puesto que nadie sabía lo que iba a hacer.

Me abalancé sobre Mary.

—¡Pronto, Laureen! ¡Pronto! ¡Tienes que sacarla de aquí! ¡Fuera! ¡FUERAAAA!

Mis ojos estaban desencajados. Mis manos temblaban.

Sujeté a la pobre Mary y la arrojé fuera como un fardo. Laureen la siguió. Y temblé al pensar que un brusco movimiento de aquellos podía provocar el estallido atómico.

Evans había asomado por el borde de una de las galerías superiores. Lo vi de pronto. Quería impedir que Mary saliese de allí. ¡Quería impedirlo a toda costa!

Disparé rabiosamente una vez.

Dos veces.

¡Tres veces!...

La rabia me dominaba. Vi a Evans caer como un pingajo casi sobre las rodillas del presidente Nixon.

Y entonces todo cesó para mí.

Entonces todo estalló.

¿Era el fin? ¿Era la bomba nuclear? ¿Era la aniquilación, la atomización completa de la pobre Mary? ¿De... la... pobre... Laureen? ¿Del po...po...po... pobrecito Harry Killer?

—¡Despierta, imbécil! ¡Despierta de una vez! ¡No te pasa nada! ¡Te dieron un mamporro en la cabeza, pero se rompió la estaca! ¡Ponte en pie, so bestia!

Me tapé maquinalmente los oídos.

¡Dios santo!

¿Es que hasta en el otro mundo tenía que oír la voz de Bisbee?

Al fin pude abrir los ojos y le vi.

No estaba en el otro mundo, sino en éste.

Y en las zarpas de Bisbee, que me zarandeaba brutalmente.

—¡No pasó nada con la pequeña! ¡Mientras tú caías al suelo pediste que le vaciáramos a toda costa el estómago, y lo hicimos! Menudo lo que encontramos, muchacho... Un poco más y nos vamos a hacer compañía a los ángeles... Pero a la pequeña no le pasa nada. El aislante de Rundstedt era perfecto. Ni siquiera ha

sufrido la menor radiactividad... ¿Y sabes qué te digo? Ahora sí que al monstruo de Macomby no le salva nadie de la última pena. Y todos sus sicarios van a pasarse la vida en la cárcel... ¡Pero oye, muchacho! ¡La niña está bien! ¡Y también lo está Laureen! ¡Laureen te espera! ¡Despierta de una vez!

Nada, que yo no despertaba.

Hasta que Bisbee gritó:

—¡El propio presidente te ha ascendido! ¡Ahora eres jefe!

Eso sí que me hizo despertar. Pegué un brinco.

—¿Qué dices? —farfullé—. ¿Que ahora soy tu jefe, maldito Bisbee?

Pero él me enseñó unos dientes de tigre.

—Nada de eso, muchacho. Resulta que a mí me han ascendido también. Sigo siendo tu jefe, sólo que desde más arriba.

Desde más arriba...

Era como para desmayarme otra vez.

Y me desmayé.

Creo recordar que mis últimas y elementales palabras fueron éstas:

«¡Atiza! ¡Atiza! ¡ATIZAAAA!»...

F I N



Las mejores obras de:  
**"SUSPENSE", ESPIONAJE  
Y POLICIACAS**  
escritas por los mejores  
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos  
colecciones son prueba evidente  
del favor que el público dispen-  
sa a nuestras series populares



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**  
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)  
**PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.** Impreso en España